

CAMILOS EN ESPAÑA

“Los Mártires de la Caridad”

1617-1937



P. Juan María López, MI

P. Dionisio Manso, MI

P. Jesús M^a Ruiz, MI

CIC

Centro de Información Camiliana

2021

CAMILOS EN ESPAÑA:
“LOS MÁRTIRES DE LA CARIDAD”
1617-1937



Orden Ministros de los Enfermos
Religiosos Camilos
Provincia Española

P. Juan María López, MI
P. Dionisio Manso, MI
P. Jesús M^a Ruiz, MI

CIC
Centro de Información Camiliana
Religiosos Camilos, Curia Provincial. Madrid 2021

Índice

Prólogo.....	5
--------------	---

Años 1617-1677

P. Dionisio Navarro.....	10
H. Baltasar Fonseca.....	12
H. Juan Sánchez.....	12
Guerra entre España y Francia por el Rosellón, 1644.....	12
P. Pedro Vicente Centurione.....	14
P. Juan Francisco Castagnola.....	15
H. Nicolás Fantide.....	16
P. Juan Bautista Galiani.....	16
Peste de Murcia, 1677.....	17
P. José González Cortés.....	23

Años 1793-1854

Congregación de Clérigos Regulares, Ministros de los Enfermos, 1793.....	23
Peste de Barcelona, 1821.....	25
C. Pedro Martín Bujons.....	29
H. Antonio Picasó.....	29
H. José Creus.....	29
H. Eloy Oms.....	29
Epidemia de peste en Barcelona, 1834.....	30
P. Manuel Xipell.....	31
P. Félix Sayol.....	31
H. Juan Blanc.....	31
Epidemia de cólera en Barcelona, 1854.....	32

Años 1893-1937

Restauración de la antigua Provincia Española, 1893.....	33
Epidemia de gripe, conocida como “la fiebre española, año 1918.....	34
H. Vicente Coll.....	36
Epidemia de “gripe española” en Pujalt, Barcelona.....	47
P. Urbano Izquierdo.....	48
Guerra civil española, 1936.....	70
P. Amancio Saldaña.....	76
P. Cruz Mauleón.....	78
H. Pompilio Muñoz.....	82
H. Saturnino Eguidazu.....	84
P. Juan Bautista Gaviria.....	85
H. Andrés García.....	87
N. Francisco Cabrera.....	88
C. Carlos Barber.....	92
P. Francisco Martínez Miret.....	94
P. José Castellá.....	97
H. Fermín Fernández.....	100
H. José Eligio Calleja.....	101
Lista de los “29 mártires de la caridad, o de la fe”.....	105
Bibliografía.....	113

PRÓLOGO

A medida que la basílica de San Pedro, en Roma, iba adquiriendo las sólidas y bellas formas del “Alto Renacimiento”, propuestas por Bramante y, luego, por Miguel Ángel, la jerarquía de la Iglesia católica tomaba la decisión de cambiar y reformarse por dentro. Estamos en la primera mitad del siglo XV, época de transformaciones en la política y en el derecho, en las ciencias y en las artes; tiempo del Concilio de Trento, asamblea que, en sus diez y ocho años de duración, pretendió reformar la vida de la Iglesia católica.

Un fruto precioso de este Concilio lo constituyen la nuevas Órdenes de Clérigos Regulares, que fueron surgiendo en Europa, a impulsos del Espíritu. Órdenes nuevas, porque introdujeron en la Iglesia un modo renovado de vivir los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia de la vida consagrada. Y nuevas, también, porque, a dichos consejos, los nuevos fundadores añadieron una manera diferente de entenderlos, en función de un cuarto voto, por el que se comprometían a vivir en el mundo, prestando a la sociedad un servicio caritativo, según el propio estilo de vida de Jesús de Nazaret.

Entre estas nuevas Órdenes de Clérigos Regulares está la Compañía de Jesús, los jesuitas, fundada por San Ignacio de Loyola en París y aprobada por el Papa en Roma el año 1540. Su cuarto voto consistía en la obediencia absoluta al Sumo Pontífice. Se encuentra, también, la Orden de los Clérigos Regulares pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, los escolapios. Su fundador fue San José de Calasanz. La Orden escolapia tiene, como misión fundamental, dar enseñanza a los niños pobres. Y, en Italia, surgieron varias otras Órdenes de Clérigos Regulares, y todas ellas emiten un cuarto voto, además de los clásicos de pobreza, castidad y obediencia.

Unos años después de haberse clausurado el Concilio de Trento, Camilo de Lelis, exsoldado y converso, que se encuentra en el Hospital de Santiago de Roma, para curarse de una llaga en el pie, mientras ayuda a los enfermos, en la noche del 14 de agosto de 1582, tiene la inspiración de fundar una compañía de enfermeros voluntarios que, *“gratuitamente”*, sin percibir salario alguno, sirvieran a los enfermos *“con el mismo amor, con el que una madre cuida a su único hijo enfermo”*. De este modo, Camilo pretende librarlos de las zafias manos de los cuidadores, obligados a trabajar en el hospital a la fuerza, en sustitución de una pena de muerte.

Esta inspiración, este pensamiento, que no le surge de la cabeza, sino del corazón, constituye para Camilo de Lelis la semilla de que el Reino de Dios comienza a germinar en la tierra idónea de su corazón. Camilo intuye que esa semilla la ha puesto *“otro”*, el Sembrado del Reino. Y que, aun siendo tan pequeña, como un grano de mostaza, llegará a dar fruto, cuando las manos de cuantos le sigan, se pongan en movimiento en el servicio a los enfermos. Camilo, en un más difícil todavía, añadirá a su idea un elemento integrante: *“asistirlos, incluso cuando los enfermos esté afectados de peste”*.

Estos tres elementos constituyen el cuarto voto que de la “Compañía de los Siervos de los Enfermos”, en unas Reglas sencilla y breves, va a presentar al Papa, para que sean aprobadas y fundar, así, su Orden. Fue el Papa Clemente VIII quien, después de haber examinado con detención la propuesta de Camilo de Lelis, y de haber introducido algunos cambios, da a la Orden la estructura definitiva, tal como consta en la Bula *“Superna Dispositione”*, del 29 del mes de diciembre del año 1600.

Dice el P. Mario Vanti, historiador de la Orden, más de tres siglos después, que *“lo nuevo y original de la idea de Camilo de Lelis sigue siendo el espíritu y la acción de la caridad, que quiere expresar con*

ellas”. El término “*caridad*” aparece diecisiete veces, y siempre como acción. La de los “Siervos de los Enfermos” es una obra de caridad, que se manifiesta en el servicio gratuito, materno, previsor, alegre, incansable, respetuoso y sanador. Por eso, a la caridad le acompaña, casi otras tantas veces, la diligencia. Todos y cada uno de los servicios prestados al enfermo, tanto el más delicado, como el más humilde, el más importante, como el más corriente, deben hacerse “*con la mayor diligencia posible y sin el oropel, que lo superlativo lleva en sí*”. Luego, presenta a los “Siervos de los Enfermos” los más eficaces y transparentes sustantivos de la caridad: el afecto materno, la bondad, la mansedumbre, la modestia, el agrado, el respeto y el honor. Denuncia, también, con términos sencillos y precisos, los obstáculos que hay que apartar y superar, para adquirir y practicar la verdadera caridad.

La “Compañía de los Siervos de los Enfermos” llevará adelante su cuarto voto en un tiempo, en el que está entrando el barroco, donde los valores que cuentan son la cultura, el dinero, la belleza, el poder y la autovaloración personal e individual.

La primera generación camiliana (desde el inicio, en 1582, hasta la muerte del P. Camilo de Lelis, en el año 1614) vivió con una fidelidad escrupulosa la radicalidad del cuarto voto. Dice el P. Sanzio Cicatelli, biógrafo del Santo, que, cuando en un lugar emergía un brote de peste, todos los religiosos camilos de aquella época, comenzando por los más jóvenes, pedían al P. Camilo de Lelis ser enviados ya a cuidar de los enfermos contagiados.

El P. Juan María López ha desempolvado muchos documentos, sacados de los archivos, para poder publicar los datos biográficos de varios religiosos camilos de España, “mártires de la caridad”; es decir, que han entregado sus vidas, sirviendo a los apesadados en las diferentes pandemias, padecidas en este país. Es éste un servicio que le agradecemos, desde este prólogo, todos los compañeros de la provincia Española y de la Orden.

Ellos nos demuestran que la fidelidad camiliana, en el cumplimiento del cuarto voto, de *“asistir a los enfermos, aun cuando estén afectados por la peste”*, se mantiene viva y conserva actual y operante el amor en la “Orden de los Clérigos Regulares, Servidores de los Enfermos”, pues, como dice Jesucristo en el evangelio, *“nadie tiene mayor amor, que el que da la vida por sus amigos”*, Jn. 15, 13, en este caso los enfermos.

Ya desde los inicios de la Orden, fundada por el P. Camilo de Lelis, en el año 1582, existía la convicción de que morir en el cumplimiento del cuarto voto profesado, a causa de las pestes y de las epidemias declaradas, era asimilable al martirio. Ante el anuncio de la muerte de algún religioso camilo, en tiempo de pestes, en todas las comunidades religiosas, se celebraban oficios solemnes, con panegíricos en su honor. Uno de estos fue publicado por el P. Francisco Antonio Sarri, joven sacerdote camilo napolitano, bajo el título *“Glorioso triunfo de muerte invicta de caridad, emulación de verdadero martirio”*, en el que muestra vivamente la gran semejanza que existe entre la muerte de los santos mártires y la de aquellos que mueren en el servicio de una caridad cristiana a los enfermos contagiados.

Este discurso fue pronunciado en Roma y, probablemente, proclamado en la iglesia de la Magdalena, casa Madre de la Orden camiliana. Se imprimió en Nápoles en el año 1632. Para evitar la intervención de las autoridades eclesiásticas, comienza su discurso afirmando que no quiere determinar si aquellos que mueren voluntariamente, e inflamados de caridad en el servicio a los enfermos apestados, serán coronados en el cielo con la diadema de los mártires, como aquellos que mueren por la fe. Esto lo deja al juicio de la Iglesia. Quiere tan solo probar que su muerte *“por la excelencia del acto, es un vivo retrato del verdadero martirio”*. Solo quiere, al recordarlos, honrarlos, como es debido. Quiere probar que el martirio pertenece no solo a la fe, sino también a la virtud de la misericordia.

Ya desde mediados del siglo XVI, las relaciones entre los reinos de España y de Italia fueron múltiples, con continuos intercambios en el ámbito social, político y religioso. En el año 1556 el emperador Carlos V dejó en herencia a su hijo, Felipe II, un reino vastísimo que dominaba, además de España, entre otros, los reinos de Nápoles y Sicilia y sus infinitas posesiones territoriales. Esta situación le obligó a Felipe II a delegar su poder en las manos de virreyes, que actuaban en plena sintonía con el Consejo Real.

Un gran número de hombres y mujeres, quizá movidos más por disponer de techo y comida segura, que por vocación, eligieron enrolarse dentro de la Órdenes Religiosas. Es en este contexto cómo se entiende bien porqué, ya a finales del siglo XVI, las comunidades de la Orden Camiliana, que se habían establecido ya en muchas de las regiones italianas, especialmente en territorios gobernados por virreyes, acogieron también vocaciones de religiosos españoles.

Un renovado interés historiográfico, en relación a la presencia española en Italia, ha puesto de manifiesto la importancia de los españoles en Roma. Muchos de ellos pudieron, de algún modo, conocer al P. Camilo de Lelis y ver actuar a muchos de los “Ministros de los Enfermos”, religiosos camilos, entregados a su ministerio de asistencia a los enfermos, hasta el punto de poder comprobar la dimensión revolucionaria de una nueva asistencia a los enfermos, que arrancaba de la renovación religiosa, puesta en marcha por el Concilio de Trento. Una caridad revolucionaria que sorprende, por la fuerza con la que fue capaz rediseñar las reglas de la asistencia a los enfermos. Entre los religiosos camilos de origen español, el primero que ingresó en la Orden fue el P. Dionisio Navarro.

P. Dionisio Navarro

Nació en Zaragoza el año 1564. En sus inicios, ya como religioso camilo, formó parte de *“la escuela de la caridad”* del P. Camilo de Lelis, representada por un grupo de religiosos extranjeros, que querían emular su obra asistencial. Por obediencia al P. Camilo, siendo el P. Dionisio Navarro aún hermano lego, fue promovido hacia el sacerdocio. En su calidad de diácono, se distinguió por su asistencia a los enfermos afectados durante una de las epidemias de peste que se declaró en Génova. Por otra parte, desempeñó cargos importantes dentro de la Orden de los religiosos camilos.

Junto con el P. César Bonini, secretario personal del P. Camilo, casi a finales del año 1599, fue enviado al reino de España a negociar con el joven y recién entronizado como rey Felipe III, con el fin de fundar una comunidad de religiosos camilos en Madrid. Embarcaron ambos, desde Italia, el 9 del mes de septiembre con destino final en Madrid. Debían entrevistarse este el joven rey para conseguir su protección. Llegados a su destino, aprovecharon la ocasión para visitar otros condados españoles, con la finalidad de dar mayor proyección a lo que iba a ser la nueva y primera fundación camiliana en España. No pudo hacerse realidad este primer intento.

Por las muchas dificultades burocráticas, con las que se encontraron, que no pudieron resolver, y por problemas de salud, al contraer ambos una grave enfermedad, se vieron en la necesidad de regresar a Italia, con el fin de poderse recuperar. A su llegada a Roma, informaron al P. Camilo sobre las diligencias llevadas a cabo y las dificultades encontradas, en su intento de dar cumplimiento a su voluntad de fundar en España, terminando en fracaso este primer intento. Años después, asistiendo a los enfermos del Hospital de Santiago de los Españoles de Nápoles, se conta-

gió de una fiebre maligna, entregando su espíritu al Señor, como mártir de la caridad, en día y mes desconocido del año 1617.

Peste de Palermo, año 1624-1625.

En el mes de mayo de 1624 la ciudad italiana de Palermo fue invadida por una peste bubónica, también denominada “*peste negra*”, una enfermedad muy infecciosa. Uno de los elementos causantes de la difusión de esta epidemia fueron las procesiones penitenciales, en las que participaban masivamente el clero, la nobleza y el pueblo. La peste entró en Palermo, llevada por un navío, que no hizo cuarentena ni desinfección alguna. Entre el mes de junio de 1624 y julio de 1625 murieron 12.650 personas, entre ellas 181 religiosos.

El P. Domingo de Martino, superior de la comunidad de Palermo sugirió adaptar, como lazareto, el barrio de Santa Lucía. Cuando se encontraba un enfermo en una casa, lo llevaban a este centro asistencial. Allí se entregaron ardorosamente los religiosos camilos a la asistencia de los enfermos infectados desde el primer momento. Muchos de ellos contrajeron el mal y murieron tres en los primeros momentos de producirse la enfermedad. En los primeros días del mes de enero de siguiente año, 1625, aparecieron nuevos y fuertes brotes. La ciudad no fue declarada libre y abierta hasta el 25 de julio del año 1627. A los religiosos camilos se les encargó la desinfección de las casas, en el mes de febrero de 1625, y la asistencia a los enfermos en el hospital. De los 13 religiosos camilos que estuvieron al servicio de los enfermos apesta- dos, murieron 8, entre ellos el H. Baltasar Fonseca.

H. Baltasar Fonseca

Nacido en Barcelona, después de ocupar cargos importantes dentro de la Orden camiliana, murió mártir de la caridad, en cumplimiento de su cuarto voto profesado en su día, asistiendo a los afectados por la epidemia de la “peste negra” en el hospital de Palermo, entregando su alma a Dios el 31 del mes de marzo de 1625.

Peste de Génova, año 1632

H. Juan Sánchez

Nacido en Ávila, ocupó cargos distinguidos dentro de la Orden camiliana y actuó, de forma testimonial en el largo proceso de la beatificación del P. Camilo de Lelis. Fue su compañero de muchos viajes, por espacio de 18 años, y uno de los primeros fundadores de la comunidad de Palermo, en Italia, el año 1600. Murió mártir de la caridad, en cumplimiento del cuarto voto de profesión religiosa de asistir a los enfermos, incluso con peligro de muerte, asistiendo a los soldados contagiados por una peste declarada en Génova el 29 del mes de septiembre de 1632.

Guerra entre los reinos de España y de Francia por la región del Rosellón, agosto 1644

A mediados del siglo XVII se declaró una guerra entre España y Francia. El ejército francés había ocupado antes el condado de Cataluña, ya que apetecía la región del Rosellón y amenazaba, también, con entrar en el reino de Aragón. En el mes de julio del año 1643 el rey Felipe IV se trasladó a Tarragona para dirigir desde allí las operaciones bélicas. Un año después, el 15 de mayo de

1644, se produjo una importante victoria española, con la conquista de la ciudad de Lérida; pero, a causa de la dureza de la campaña, y de varias batallas, los heridos y los enfermos se habían multiplicado por todo el campo de batalla. Por encargo del rey Felipe IV al presidente del Consejo de Castilla, se pidió ayuda al P. Salvador Falcone, Viceprovincial entonces de la religiosos camilos en Madrid, con la mediación del P. Miguel Juan Monserrat, deseoso de acoger esta petición, para el envío de algunos de sus Ministros de los Enfermos

Un ejemplo de abnegación, en el ejercicio de su carisma, se presentó, en esta ocasión, mientras la fundación camiliana en España daba sus primeros pasos. Este conflicto bélico implicó a toda la población, causando víctimas no solo entre los soldados, sino también entre los civiles. La duración de esta guerra fue funesta, también a causa de carestías y otras epidemias declaradas.

Tres de sus más valiosos religiosos camilos de la comunidad de “San Dámaso” fueron los destinados, para cumplir con este fin: El P. Pedro Vicente Centurione, el P. Juan Francisco Castagnola y el H. Nicolás Fantide. Los tres se incorporaron al campo de batalla en Fraga, de la provincia de Lérida, donde se encontraba el cuartel general del ejército, el 25 del mes de julio, e inmediatamente comenzaron su obra asistencial con los soldados heridos y los enfermos hospitalizados en el gran convento de los agustinos. Su generosa labor asistencial les dio pronto a conocer, pues tal fue su celo y su entrega en el ejercicio de la caridad, cumpliendo con su cuarto voto profesado en su día, de servir a los enfermos, aun con peligro de muerte, que, sin descanso y supliendo, conforme a sus posibilidades, las grandes deficiencias organizativas y sanitarias, pudieron resistir poco tiempo, ya que los tres cayeron enseguida gravemente enfermos, a causa del calor y el trabajo extenuante y continuo.

Conducidos a Zaragoza, capital del reino aragonés, llegaron deshechos y exhaustos, hasta el punto que fallecieron pocos días después en el Hospital de “Santa María de las Gracias”. Sus cuerpos fueron enterrados en la iglesia del hospital, en la capilla del Crucifijo. La noticia de su sacrificio aumentó en Madrid la admiración y la simpatía de toda la comunidad. Según los historiógrafos de la Orden de los camilos, la muerte de estos Ministros de los Enfermos, mártires de la caridad, aumentó notablemente su fama entre la población.

P. Pedro Vicente Centurione

Nacido de una noble e ilustre familia genovesa, sintiendo la llamada vocacional hacia la vida religiosa, fue recibido en la Orden Camiliana por el P. Hilario Cales en el mes de abril del año 1621 dentro de la comunidad de Génova. De él escribió el P. Cales, que lo conocía muy bien: *“Joven buenísimo, noble, rico y de buen ingenio”*, aseguró el cronista de la Orden del momento, el P. Doménico Regi. *“Nada había que se pudiera desear en él. Perfecto en todo: del cuerpo al espíritu, de la mente al corazón”*. Pera evitar presiones familiares, se le envió a Roma, donde dio inicio a su Noviciado, siguiendo allí con su formación religiosa. Terminados sus estudios eclesiásticos, fue ordenado sacerdote, habiendo antes emitidos sus votos de profesión religiosa. Fue nombrado superior de la Casa de Noviciado de Génova en el año 1639. Más dispuesto a obedecer, que a mandar, después de haber renunciado al superiorato, se ofreció para ir destinado a la nueva fundación de los camilos en España, para alejarse definitivamente de sus familiares y dedicarse, sin reservas, ni testigos indiscretos, al ejercicio de la caridad para con los enfermos, con el deseo de embarcar algún día dirección a las Indias occidentales.

Llegó a Madrid, acompañado por el P. José Romaguera y el H. Jorge Meglia el año 1642, incorporándose en la comunidad camiliana de “San Dámaso”. Junto con el P. Miguel Juan Monserrat, ejerció de capellán en el Hospital General de Madrid intensificando ambos la fundación camiliana en Madrid ante el Consejo del Reino, hasta el punto de que la reina consorte, Isabel, consideró oportuno ayudar y colaborar con esta nueva fundación en Madrid. Allí fue muy valorado por la nobleza genovesa por sus finos modales y su práctica esmerada en la asistencia a los enfermos. Fue, por tanto, otro de los religiosos más destacados en los inicios de la nueva fundación española.

Por expreso deseo del P. Monserrat, intervino en la guerra de Cataluña, por la conservación del Rosellón, asistiendo a los soldados heridos y a los enfermos hospitalizados en Fraga. Cayó gravemente enfermo y fue trasladado a Zaragoza, donde falleció poco tiempo después, como “mártir de la caridad”, en el Hospital de “Santa María de las Gracias” el día 1 del mes de agosto del año 1644. Su cuerpo inerte fue sepultado en la iglesia de este hospital, dentro de la capilla del Crucifijo.

P. Juan Francisco Castagnola

También de origen genovés, con los 30 años recién cumplidos, solicitó ingresar en la Orden del P. Camilo de Lelis, habiendo sido ordenado, ya antes, de sacerdote. En él tenía la Orden camiliana puestas grandes esperanzas. Enviado a la comunidad de “San Dámaso” de Madrid el 8 de mayo de 1644, siendo todavía novicio, emitió sus votos solemnes de profesión religiosa, dentro de la misma comunidad, el 15 de mayo, siendo el primero en hacerlo en la nueva fundación española.

Destinado por el P. Miguel Juan Monserrat a incorporarse al campo de batalla de Fraga, al igual que el P. Pedro Vicente Centurione, unos días después, el 8 de agosto de 1644 recibía la palma

del martirio en Zaragoza, después de haber servido y asistido a los soldados del ejército español, en el ejercicio de su ministerio. Al igual que los del P. Pedro Vicente Centurione, sus restos mortales descansaron en la iglesia del Hospital de “Santa María de las Gracias” de Zaragoza, dentro de la capilla del Crucifijo.

H. Nicolás Fantide

Nacido español, pasó también a engrosar la lista de los “mártires de la caridad” en la guerra de Cataluña, por la conservación de la región del Rosellón. Enfermo y malherido en el campo de batalla del ejército español en Fraga, provincia de Lérida, después de prestar sus servicios, como ejemplar religioso camilo, fue llevado, para recuperarse en salud, al Hospital de “Santa María de la Gracias” de Zaragoza, donde falleció en un día desconocido del mes de agosto de 1644, siendo enterrado en las mismas circunstancias que sus dos compañeros, el P. Pedro Vicente Centurione y el P. Juan Francisco Castagnola.

P. Juan Bautista Galiani

Nacido el año 1646 en Mondoví, región italiana del Piemonte. Siendo aún estudiante profeso, fue destinado a la nueva fundación española. Licenciado en Filosofía, fue uno de los mejores alumnos del P. Domingo Sanz, catedrático en la Universidad de Alcalá de Henares, en Madrid. Ejerciendo de capellán de en Hospital General de Madrid, a la edad de 26 años falleció, desgraciadamente, contagiado por unas fiebres malignas, mientras asistía a los enfermos, en cumplimiento de su cuarto voto profesado en su tiempo, el día 5 del mes de septiembre del año 1672.

Peste de Murcia, año 1677

En el mes de mayo de 1677 se declaró la peste en la ciudad de Murcia, región española. Apenas se difundió, por desidia de las autoridades civiles locales, se fue extendiendo la epidemia e invadió, al poco tiempo, toda la ciudad, viéndose abandonada la población casi por completo. No se vigilaron bien los confines, para evitar la exposición al contagio. Más aún, tanto los que mandaban, como el mismo obispo de Murcia, Mons. Francisco de Rojas Borja, no fueron nada ejemplares en su comportamiento. El obispo abandonó la ciudad, para refugiarse en un palacio del condado. Todo esto causó en las autoridades municipales *“un general desconsuelo, principalmente cuando se esperaban de su Ilustrísima el socorro que esperan, en necesidad tan concreta, los pobres de esta república”*, fue ésta su queja.

En pocas semanas hubo una mortalidad impresionante. Desde las instancias municipales, se recurrió al Gobierno central y el joven rey, Carlos II, nombró al caballero de la Orden de Santiago, Don Antonio Sevilla Santelices, comisario suyo, para coordinar los recursos que debían enviarse, lo más breve posible, a Murcia. En su afligido llamamiento al rey, el magistrado de la ciudad, Don Juan de Henao y Montserrat, pedía, entre otras cosas, que se enviaran también celosos sacerdotes, para atender a los afectados por la peste. Parece que el clero local, diocesano y religioso, no estaba preparado para soportar acontecimientos tan excepcionales, como éste, sin saber hacer frente a la emergencia.

El comisario Santelices, aconsejado por el mismo rey, se dirigió al Viceprovincial y Visitador entonces, el P. Francisco Martínez, conocido y amigo suyo, de la comunidad de religiosos camilos de “San Dámaso”, en Madrid. La noticia se difundió rápidamente entre los religiosos camilos de las distintas comunidades en España, suscitando una auténtica porfía entre ellos. Todos aspiraban a estar entre los elegidos. Muchos de ellos consiguieron

recomendaciones de nobles y dignatarios de la Corte y otros recurrieron al propio comisario Santelices, para estar entre los privilegiados. El grupo destinado, a tal fin, debía reducirse a cuatro religiosos, que luego se amplió a cinco.

El día 15 de junio, en la sala capitular de la comunidad de “San Dámaso”, en presencia de todos los religiosos, se hizo la proclamación oficial de los elegidos: El P. Jerónimo Pérez, superior de la comunidad, el P. José González Cortés, el estudiante profeso Andrés González, el H. Juan Calvo y el H. Manuel López. Al día siguiente, fiesta de Santa Rosalía, patrona contra la peste, se celebró la función ritual de despedida con oraciones conmovedoras, invocaciones a la Virgen y recíprocos y emotivos abrazos. Los designados partían, en efecto, siendo conscientes de quizás que no podrían volver nunca más a su comunidad madrileña.

Antes de ponerse en camino, se sometieron a una práctica “anti peste”; es decir, se endosaron una determinada prenda encebada, que les protegiera de la enfermedad. Tras cargar con los complejos utensilios de la profilaxis contra la epidemia de peste, propia de aquellos tiempos, a lomo de mulas y acompañados por el Viceprovincial, el P. Francisco Martínez, y algún otro hermano de comunidad más, los cinco destinados atravesaron las calles principales de Madrid, siendo objeto de la curiosidad, de la admiración y el interés de los ciudadanos madrileños. La insólita cabalgata, una especie de procesión, se había organizado *“para que el pueblo de Madrid viera lo que hubiéramos hecho también por él, de haberse visto en circunstancias parecidas”*, según atestiguó el P. Pedro Boselli, contemporáneo de los hechos, en su crónica.

Antes de la despedida definitiva, el P. Martínez, entregó al P. Jerónimo Pérez el *“el Directorio”*, un código de comportamiento, que contenía las disposiciones, según las cuales debían comportarse él y sus compañeros durante el tiempo de la misión, a la que

habían sido destinados. En este directorio estaban escritas algunas normas prácticas de vida disciplinar, con especial referencia a las reglas y constituciones, que tratan sobre el ministerio en tiempos de peste, elementos de gran interés, que merecen ser recordados, ya que nos ayudan a comprender de qué modo la Orden camiliana se entregaba a la asistencia, que, poco o nada, dejaba a la improvisación. Se les recomendaba que, apenas llegados a Murcia, que se presentaran ante el obispo del lugar, Mons. Francisco de Rojas Borja, para ponerle al corriente de su plan de trabajo y obtener, así, las debidas licencias extraordinarias. Seguidamente, debían llegar a acuerdos con el magistrado de la ciudad, en lo relativo a la organización logística y a la residencia y el trato, haciendo caso omiso de las incomodidades, con las que se habrían de encontrar.

Se especificaba, también, en el directorio que se remitirían al obispo, Mons. Francisco de Rojas Borja, y al magistrado, Don Juan Henao y Montserrat, para la elección del campo de actividad pastoral, lazaretos o casas privadas. Se les prohibía, terminantemente, aceptar la administración de los bienes del hospital, incluso en el caso de que se constatará que, de otra manera, se perderían. También se les prohibía aceptar dinero, oro, plata y objetos preciosos *“para que a todos resultara patente el gran desinterés, con el que la Orden camiliana se ofrecía a tales circunstancias”*, según el relato del P. Boselli. Debían tener un libro, en el que anotar los nombres, la patria, el estado (si esto era posible) de los que morían, asistidos por ellos, indicando el día, mes y año de su muerte, según ordenaba este mismo directorio.

La Consulta General de los camilos en Roma, con el P. Juan Esteban Garibaldi al frente, como Superior General, al conocer la noticia de la expedición a Murcia, el 21 de agosto de 1677 manifestaba su complacencia, auguraba que se cumplirían *“acciones heroicas”*, y comunicaba la noticia a todas las comunidades de la Orden, avisando a sus superiores de que se *“colgaran carteles en todas*

las sacristías de sus casas, en los que se ordenen especiales oraciones a nuestro Señor, para que se complazca conservar sanos a dichos hermanos nuestros”.

Llegados a Murcia, la expedición fue acogida por sus ciudadanos con un sentido agradecimiento; pero, enseguida, tuvo lugar el primer contratiempo, ya que se les asignó, como residencia, el convento de los dominicos, quienes estaban prevenidos, si no hostiles, en contra de los recién llegados, a los que consideraban como intrusos. Ellos no se habían dedicado al servicio de los apestados, por considerarlo un ministerio *“peligrosísimo y, sobremanera, gravoso”* y solo estaban preocupados por evitar el contagio, atrincherados en su convento. Soportaban mal, por tanto, que lo hicieran los extraños recién llegados, cuyo comportamiento había sido un vivo reproche de su negligencia y excesivo miedo y trataron de obstaculizar, por todos los medios, lo que los religiosos camilos habían venido a hacer.

Ésta era, en general, la actitud de los demás religiosos de la ciudad. Con sus maniobras, consiguieron que, en un primer momento, los religiosos camilos no entraran en el lazareto. El P. Jerónimo Pérez tuvo paciencia al principio, esperando que las dificultades se allanaran en poco tiempo. Al persistir tal estado de cosas, se presentó directamente ante el magistrado, Don Juan de Henao y Montserrat, y le hizo presente, con firmeza, que, si no intervenía a su favor, tendría que justificar su actitud negligente, ya que había llegado a la ciudad de Murcia por orden expresa del rey Carlos II y que, si se les impedía la entrada en el lazareto, se volverían a Madrid, cayendo sobre él la responsabilidad frente al gobierno de la Corte. El magistrado, intuyendo las previsibles consecuencias, autorizó que dos de los religiosos enviados fueran a prestar su servicio asistencial en el lazareto.

Al día siguiente, el P. Jerónimo Pérez, con el H. Juan Calvo, se presentó en el centro asistencial, que estaba colapsado, pero se les comunicó que a él, el P. Jerónimo, se le prohibía la entrada. Al

no poder hacer otra cosa más, se había conseguido que se pusiera el veto a su persona. Paciente, una vez más, envió en su lugar al P. José González Cortés. En dicho lazareto prestaban ya sus servicios dos religiosos alcantarinos y dos capuchinos, que estaban ya cansados y enfermos, cuando entraron los dos religiosos camilos. Uno de los alcantarinos falleció enseguida y los demás, poco a poco, fueron llevados a otro lugar, para seguir la cuarentena.

Ya solos los dos religiosos camilos, dedicaron todas sus fuerzas en el vasto campo del trabajo asistencial. Tres meses después, el P. José González Cortés contrajo la enfermedad y, en su lugar, entraba en el lazareto el P. Jerónimo, quien continuó con su obra de caridad y misericordia con igual celo y espíritu de sacrificio, hasta el final del contagio. El H. Juan Calvo, experto en esta materia, por haber asistido a los afectados por la epidemia de peste de Gaeta, en Italia, en el año 1656, también enfermó, pero se pudo curar. El P. Jerónimo Pérez, el estudiante profeso Andrés González y el H. Manuel López tuvieron que permanecer, al principio, encerrados en el convento de los dominicos, que los hospedaban; pero, impacientes por esta reclusión, un día, eludiendo la atenta vigilancia de los frailes, *“buyeron a los barrios más populares de la ciudad, para llevar el alivio de la religión a muchas personas, que languidecen en sus casuchas”*, al escribir del cronista. A esta primera escapada, siguieron otras muchas, sin que lo advirtieran los guardianes vigilantes.

Así fue cómo la obra de los religiosos camilos se dirigió, también, a los barrios más populares, correspondientes a las parroquias de “Santa María” con 219 afecyados y de “San Andrés”, con 177 afectados por la pandemia, donde, en mayor medida, sufrían el contagio e iban muriendo. Eran también los barrios donde estaban, mayormente, los hospitales, los conventos de las Órdenes religiosas, a donde iban a parar, también, los enfermos de otras parroquias. A estos barrios llevaron estos religiosos camilos *“los consuelos de la religión, a miles de pobres infelices, que languidecían*

miserablemente en humildes tugurios, en las bubardillas, en las aceras de las calles y en plazas, sin una palabra consoladora, que elevase su espíritu abatido y desesperanzado”, según dejó escrito el P. Antonio Crotti en su libro “La peste de Murcia”, publicado en el año 1944.

Hacia el final del mes de noviembre cayeron enfermos, con evidentes señales de contagio, algunos de los dominicos. Hubo pánico general en el convento. Los enfermos, completamente confinados y abandonados, fueron asistidos también, pese a sus precedentes, por los religiosos camilos, con todo el cariño y el mayor desinterés. Con el nuevo año de 1778, la epidemia comenzó a declinar, tras causar muchas víctimas, y el tráfico ciudadano recobró su normalidad. En los primeros días de febrero los cuatro religiosos camilos, que quedaban, terminada la emergencia, comenzaron su cuarentena en la villa de Chinchila, a veinte leguas de la ciudad de Murcia. Su vuelta a la comunidad madrileña de “San Dámaso” la saludaron todos con mucha alegría, una gran estima y un enternecido reconocimiento por su heroico servicio entre los afectados por la epidemia de peste, ya que esta abnegada y entregada presencia camiliana en Murcia alcanzó enseguida mucho eco popular entre su población.

El P. Antonio Crotti, puso de relieve en su libro cómo, paradójicamente, la prueba de que lo que hicieron aquellos cinco religiosos camilos en esa ocasión, para ofrecer su socorro y su servicio asistencial, quedó limitada tan solo a la existencia de unas pocas cartas, conservadas en el archivo general de la Casa Madre de la Magdalena, en Roma, no quedando apenas documentación sobre la actuación de aquellos pocos religiosos camilos, que acudieron a Murcia en los primeros momentos que se declaró la epidemia, siendo esto una constante en la obra realizada por la Orden camiliana de entonces.

Parece ser que la Orden de los Hermanos de San Juan de Dios había establecido también un nuevo centro hospitalario en

“Nuestra Señora de Gracia”, donde realizaban sus servicios. Además que los médicos y el personal sanitario, que pagaron con su propia vida la asistencia en este lazareto, también los religiosos de San Juan de Dios se distinguieron en el socorro a los enfermos contagiados.

P. José González Cortés

Nació en Bélgica, de padres españoles. Contagiado por la peste en Murcia, asistido en su enfermedad por el H. Juan Calvo, recomendaba a Dios, incluso en los momentos de sus delirios, las almas de los afectados por la peste, pedía auxilio y medicinas para los enfermos e impartía órdenes disciplinarias. Recibió la corona del martirio el 24 de noviembre de 1677 y fue sepultado en la iglesia de los Hermanos de San Juan de Dios. La Consulta General de Roma daba la siguiente comunicación a todos los religiosos camilos de la Orden: *“Ordenamos a los Superiores Provinciales los habituales sufragios por el alma del P. José González Cortés, muerto en Murcia, España, en servicio a los pobres apestados, dado el 28 del mes de enero de 1778”*.

“Congregación de los Clérigos Regulares, Ministros de los Enfermos”

La vida de los religiosos camilos, ya en el siglo XVIII, se resentía por el clima que había en la España de aquel tiempo. Especialmente, después del concordato con la Santa Sede de Roma del año 1753, en el que se colisionaron las relaciones diplomáticas entre la Santa Sede y el reino de España. Con todo esto, todas las reformas de la Iglesia, en sintonía con el Papa Gregorio XVI, cayeron en saco roto, en una actitud hostil, no sólo del Gobierno español, sino también en los ambientes más conservadores

de la Curia episcopal. Se afianzaron, así, tanto los impulsos regalistas, como los del episcopalismo, que hacían de la Iglesia española una Iglesia nacional, estrechamente ligada al poder político, por lo que frecuentemente había roces con el papado posterior de Benedicto XIV. Las consecuencias políticas se hicieron evidentes en la política de control que la monarquía ejerció sobre las Órdenes religiosas, que caracterizaron los años posteriores.

Todo esto repercutió sensiblemente en la propia Comunidad Provincial española, motivando un resurgimiento nacionalista, tanto en ella, como en las comunidades de Latinoamérica. El pulso mantenido entre la Consulta General de Roma, por una parte, y de los religiosos camilos españoles, por otra, era sintomático con la voluntad del Estado español de contar con una Orden no sometida ya a Roma, sino a la nación, lo que desembocó en la separación de la Provincia española con la Consulta General de Roma en el año 1793. Eran tiempos, en los que los reinos borbónicos atribuyeron al Estado el supremo gobierno de una Iglesia Nacional.

La monarquía española del rey Carlos IV, con su ministro Godoy, daba por concluido aquel concordato de 1753, afianzándose en sus prerrogativas. El 19 de septiembre de 1789 el embajador español ante la Santa Sede, Don José Nicolás Azahara, en nombre del rey, entregó al Papa un memorándum, en el que los religiosos camilos de España y sus colonias sudamericanas, con la protección del “Rey Católico”, Carlos IV, pedían que se les separase de las Provincias camilianas de Italia. La petición fue dirigida por la Santa Sede al entonces Superior General de la Orden, el P. Giuseppe Dell’Uva. Arguyó éste que los impulsos separatistas no provenían por parte de todos los religiosos, sino solamente de algunos superiores de comunidad, caldeados por estos mismos. Había, entre los demás religiosos, algunos anónimos que mostraban su disgusto e incredulidad y que consideraban ilegítima e invalidada la elección, por lo que no se debería realizar la separa-

ción. El P. Giuseppe Dell’Uva invitaba a estos religiosos separatistas a arrepentirse y a cambiar sus equivocadas convicciones el 9 de marzo de 1791

A finales de septiembre intentaron, por tercera vez, presentar otra instancia de separación. El Pontífice, ante las presiones del rey de España, decidió conceder lo que pedían. El Breve de separación de la Orden de la Provincia española, “*Apostolicae sedis auctoritas*”, fue firmado, a instancias de la regalista Corte española, por el Papa Pío VI el 29 del mes de enero de 1793. El Breve llevaba el “*placet*” del Consejo Real, siendo expedido a nombre del rey Carlos IV. En la Consulta General de Roma, del 23 de abril de 1793, se decretaba publicar una copia del mismo, que debía fijarse en todas las comunidades de cada Provincia de la Orden.

De este modo, la Provincia Española quedaba constituida en Congregación autónoma y nacionalista, con sus propios estatutos y privilegios. Esto sucedió bajo el papado de Pío VI, el generalato del P. Giuseppe Dell’Uva y el provincialato del P. Mateo Saavedra. Todas las comunidades de Sudamérica quedaban incorporadas a esta nueva Congregación, asumiendo el “*status*” de Viceprovincia, bajo la guía de un Vicario General, hasta que se extinguió con la Ley de Desamortización del ministro Mendizábal, jefe del gobierno español, en el año 1835. Las cuatro comunidades que quedaban, “San Dámaso” en Madrid, Barcelona, Zaragoza y Santa Cruz de Mudela, contaban con 53 sacerdotes, 11 estudiantes profesos, 4 hermanos laicos y cinco novicios. Ya en el año 1855 apenas quedó rastro alguno de la antigua Comunidad Provincial

Peste de Barcelona, septiembre de 1821

Con ocasión de una terrible epidemia de peste, declarada en la ciudad de Barcelona y conocida con el nombre de “*la fiebre amarilla*”, importada desde la isla de Cuba, a bordo del barco “Gran

Turco”, los ciudadanos barceloneses pidieron a “Nuestra Señora de la Mercé”, patrona de Barcelona, que los salvara de esta epidemia, que estaba diezmando considerablemente a la población.

Desde el ayuntamiento se pidió el auxilio asistencial de la Iglesia, ante la emergencia que vivía la ciudad. El obispado, con Mons. Pablo de Schar al frente, atendió los ruegos del municipio, organizando un maratón de actos religiosos los días 18, 20 y 22 de septiembre, al tiempo que la Junta municipal de sanidad no perdonaba medio, ni fatiga, para cortar la enfermedad que se había declarado, proporcionando todo el alivio posible a los afectados, tanto en lo material, como en lo espiritual, y, penetrada de los mayores sentimientos religiosos, que exigían las circunstancias de implorar la misericordia del Todopoderoso, acudió a los ministros de la Iglesia, como se practicaba en estos casos.

La crisis sanitaria parecía imbatible y la ciudad siguió rogando a la “Virgen de la Mercé”, solicitando los feligreses una nueva procesión por las calles de Barcelona, para que fuera directamente la patrona de la ciudad, la que intercediera ante el supremo Dios. El ayuntamiento, con buena parte de la población, refugiada en la periferia de la ciudad en campamentos provisionales, autorizó esa procesión para el 28 del mes de octubre.

Un mes después, la “*fiebre amarilla*” comenzó a remitir y el día 25 de noviembre se celebró un solemne “*Te Deum*”, a modo de acción de gracias, en la catedral barcelonesa. La epidemia se dio por extinguida el día de Navidad, y el día 30 de diciembre todas las autoridades, civiles y eclesiásticas, con una afluencia masiva de ciudadanos, participaron en una procesión final de agradecimiento a “Nuestra Señora de la Mercé”. Esta epidemia causó en la ciudad de Barcelona entre 18.000 y 20.000 fallecidos, una sexta parte de la población, entre los meses de finales de agosto y septiembre.

De entre las instituciones religiosas, a las que se acudió para prestar la ayuda necesaria a los afectados por la peste, estaban los religiosos de la comunidad de Barcelona, ya como miembros de la “Congregación de los Clérigos Regulares, Ministros de los Enfermos”, también conocidos popularmente como *“los Padres de los Agonizantes”*, con residencia en la calle de la Baja de San Pedro de Barcelona.

Pese a encontrarse la existencia legal de la casa con el cuchillo al cuello, ya que, desde el vigente Gobierno, por efecto de una ley del 25 de octubre de 1820, se intentó suprimir la comunidad, a lo que se opuso la Junta de vecinos y el propio ayuntamiento de Barcelona, por el elevado concepto que tenían los vecinos y por todo el bien que habían realizado entre los enfermos y agonizantes de esta ciudad, como indicaron ambas instituciones, los religiosos de la comunidad acudieron en solicitud del ayuntamiento, o del rey, por medio de este ayuntamiento, apoyando éste su súplica con el testimonio y la firma de 66 comisarios del barrio.

Los “Padres Agonizantes” se habían comportado tal como indican las siguientes líneas, escritas por el secretario del ayuntamiento, Don Francisco Altés: *“Todos los Padres de esta comunidad, según su salud, fuerza y edad, se han empleado en el auxilio de los moribundos, con el celo y la caridad, propios de su Instituto”*. Los representantes mismos del ayuntamiento, al elevar al rey su exposición, acordó informarla favorablemente.

Estaba esta comunidad compuesta, por entonces, por el P. Ramón Vila i Carreras, superior, el P. Félix Sayol, el P. José Riera, el P. Antonio Roig i Silvestre, el P. Ignacio Torras, el P. Nicolás Jacas, el H. Damián Alá, el H. Antonio Picasó, el H. José Creus y el H. Eloy Oms, además de los estudiantes profesos Pedro Martín Bujons, José Rabell y Pablo Tusquellas, trece en total.

El comportamiento de este grupo de religiosos camilos, durante esta *“fiebre amarilla”* en Barcelona, llegó hasta el heroísmo

con el cumplimiento de su deber principal, a saber, la asistencia a los moribundos afectados. Las puertas de la casa de la comunidad quedaron abiertas para dar acogida a los vecinos afectados por la enfermedad, convirtiéndose en un pequeño hospital de urgencias y luchando sus religiosos hasta el límite de sus fuerzas, para atajar la enfermedad. Se repartieron, también, por todo el casco antiguo de la ciudad y por el barrio de la Barceloneta. Poco a poco, el contagio fue haciendo mella en sus cuerpos. Cumpliendo fielmente con el cuarto voto de su profesión religiosa, de servir a los enfermos, aun con peligro de muerte, fallecieron, como “mártires de la caridad”, contagiados por la peste, el estudiante profeso Pedro Martín Bujons y los Hnos. Antonio Picasó, José Creus y Eloy Oms, demasiados para una comunidad tan reducida.

Eran los cuatro enfermeros muy experimentados, y que conocían bien el oficio. Fueron enterrados en el cementerio de Poble Nou, donde descansaron sus restos mortales, habiendo sido, después, nominados como *“Héroes de la ciudad”*. En el “Diario de Barcelona” se publicó, entre sus páginas, la admiración y el reconocimiento que la ciudad tributó a este pequeño puñado de camilos. Aún se conservan datos que dicen que en el cementerio de Poble Nou se enterraron, entre otros, a unos religiosos que llevaban una cruz roja en el pecho de sus hábitos.

En las actas del Capítulo General de la Congregación del 29 de septiembre de 1825 se puede leer la siguiente reseña:

“También propuso el Consultor electo, el P. Juan Manuel Trujillo, que se anotase que, como uno de los rasgos que contribuyeron al honor y esplendor de nuestra sagrada Religión, el celo con el que nuestros religiosos de Barcelona habían asistido a la epidemia, que, últimamente, había afligido aquel país, de la que fueron víctimas algunos de ellos”.

Aun así, todo este sacrificio no sirvió para que no se suprimiera la Casa de la comunidad el 28 del mes de enero del año 1822. En una de las notas se dejó el siguiente escrito:

“Habiendo sido suprimida nuestra Congregación, por un decreto de las llamadas Cortes españolas, después de habernos sujetado a nuestros respectivos Ordinarios, se disolvió esta comunidad, por orden de las mismas, pagando a cada religioso de la comunidad la pensión de “monacales”, según su edad y su estado, retirándose cada uno de ellos en donde mejor le pareció”. El P. Ramón Vila i Carreras, en calidad de superior, recogió los libros y documentos, con lo más preciado que tenía la comunidad, y lo guardó todo, hasta que el Dios misericordioso disipó las densas nubes de la revolución y pudieron los Padres Agonizantes reunirse, nuevamente, en comunidad”.

Fue así cómo quedó disuelta la comunidad, formada entonces por el P. Ramón Vila y Carreras, el P. Félix Sayol, el P. José Riera, el P. Antonio Roig i Silvestre, el P. Ignacio Torras, los estudiantes profesos José Rabell y Pablo Tusquellas y el H. Damián Alá.

Cerrada la Casa de la comunidad, también se cerró su iglesia, ocupada después por la Escuela del “Gimnasio Militar”. Cinco meses más tarde, entraron en Barcelona los aliados, con el mariscal Montseny al frente. Una parte de su tropa ocupó la casa, junto con la iglesia, hasta los días primeros de julio del año 1824, año en el que los “Padres Agonizantes” volvieron a recuperarla.

“Mártires de la caridad”, 1821

- † Estudiante profeso Pedro Martín Bujons
- † H. Antonio Picasó
- † H. José Creus
- † H. Eloy Oms

Epidemia de cólera en Barcelona, año 1834

Se propagó entre el 4 del mes de septiembre y el 13 de noviembre, llegando a Barcelona. La causa principal fue que el navío español “Tritón”, que zarpó desde Tolón con un grupo de militares de la legión extranjera francesa, dirección al Protectorado español de Marruecos, en el norte de África. Al desembarcar en el puerto de Barcelona, trajo la enfermedad, contagiando a gran parte de la población barcelonesa. Debido a las malas condiciones higiénicas y urbanísticas, por su insalubridad, Barcelona disponía entonces de excelentes condiciones para el cultivo de cualquier microbio, como era éste, el de la cólera. La peste se propagó con toda celeridad. De los 122.141 habitantes que tenía la población barcelonesa, fallecieron 3.344.

La comunidad de religiosos camilos de aquel año estaba formada por el P. José Rabell, superior, el P. Ramón Vila i Carreras, el P. Félix Sayol, el P. José Riera, el P. Antonio Puig i Silvestre, el P. Ignacio Torras, el P. G. Solá, el P. Raimundo Simó, el P. Manuel Xipell, el P. Nicolás Jacas, el H. Juan Blanch y el H. Damián Alá. Del P. José Recolons, representante de la comunidad por estas fechas, adornado de todas las buenas cualidades de ciencia y piedad, que gozaba de pública estima y mucha influencia, se saben las peticiones, a él dirigidas por los enfermos, durante esta epidemia. Él mismo contrajo la enfermedad, pero logró sobrevivir, al igual que otros miembros de la comunidad.

En una semana murieron como “mártires de la caridad” tres religiosos, en cumplimiento del cuarto voto de profesión religiosa, emitida en su día: el lunes el P. Manuel Xipell, el jueves el P. Félix Sayol, y el viernes el H. Juan Blanc. El P. Félix Sayol, ya anciano, fue encontrado muerto en su habitación por la mañana en la cama, creyéndose que había fallecido por cansancio. El H. Juan Blanch murió el mismo día que había asistido a un enfermo contagiado por la peste. Contagiados por la enfermedad, se recu-

peraron, además del P. José Recolons, el P. Nicolás Jacas, y el P. G. Solá, dejándoles la epidemia en una muy penosa convalecencia. Seis religiosos, en total, afectados por la enfermedad, de una comunidad compuesta por 12 miembros. Solo dos de los sacerdotes quedaron en pie, según el relato del P. José Recolons del 9 del mes de noviembre de 1880, recogido también por el seglar Don Francisco Calvet el 27 del mes de junio del año 1881.

“Mártires de la caridad”, 1834

† P. Manuel Xipell

† P. Félix Sayol

† H. Juan Blanc

Su total y abnegada entrega quedó recogida en la prensa local del “Diario de Barcelona” de ese mismo año 1834, dentro del epígrafe de “Panegírico de los héroes”.

Así llegamos al día 19 de febrero de 1835, fecha en la que se promulgó la “Ley de Desamortización” de Mendizábal, entonces ministro de Hacienda, bajo la regencia de la reina Isabel II. Por imposición legal, la casa de la comunidad de los religiosos camilos de Barcelona fue abandonada pacíficamente, al ser confiscada, habiéndose llevado antes los archivos y los objetos de culto de mayor valor, pasando después a ser propiedad del Estado, que se la entregó al ayuntamiento de Barcelona, bajo ciertas concesiones de cesión. Fue así como se pagaron los abnegados sacrificios de esta comunidad, que entregó las vidas de tres de sus religiosos al servicio caritativo de los enfermos afectados por la peste del año anterior, disolviéndola y apropiándose de su casa de residencia.

Nueva epidemia de cólera en Barcelona, año 1854

En esta fecha se volvió a repetir otra epidemia de cólera, una peste que asoló todas las calles y hospitales de la ciudad condal. Un nuevo y nefasto acontecimiento vino a sembrar el pánico y la muerte. A principio fueron pocos y aislados los casos, pero pronto se propagó la epidemia, con un número indeterminado de defunciones cotidianas dentro de las murallas de la ciudad condal, quedando desiertas sus calles. Pocas semanas después, Barcelona presentaba un aspecto de desolación imponente. Solo se quedaron en ella aquellos que, obligados por el deber, o por la miseria, no pudieron abandonar la ciudad. A pesar de todo esto, hubo días en los que fallecieron más de 200 de sus habitantes. Durante el tiempo que duró esta pandemia, murieron contagiados unos 130.000 ciudadanos barceloneses.

Exclaustrados ya los pocos religiosos camilos que quedaban, dispersos y repartidos por distintos puntos de la ciudad, algunos de ellos prestando un servicio pastoral en alguna de las parroquias, se volvieron a reunir, ante la necesidad de asistencia corporal y espiritual, y la llamada al cumplimiento de su cuarto voto profesado en su día, un heroico voto al que se consideraban obligados para el servicio de los enfermos, aun en peligro de perder sus propias vidas. Su abnegada y entregada labor fue nuevamente reconocida, de forma oficial, en el “Panegírico de los héroes”, publicado en la prensa local del “Diario de Barcelona”, destacando y agradeciendo sus servicios asistenciales.

Si alguno de ellos entregó su propia vida en la asistencia a los enfermos contagiados, como “mártires de la caridad”, no queda constancia alguna de sus nombres. En los primeros momento de la exclaustración, otros de los religiosos de la comunidad encontraron su destino en Italia, poniéndose a disposición de la Orden camiliana, y hubo quién se dirigió la Viceprovincia del Perú, en Lima.

Fue así como la “Congregación de los Clérigos Regulares de los Ministros de los Enfermos”, conocida también como “Congregación de los Padres Agonizantes”, se dio por finiquitada, tras casi 60 años de vida.

Restauración de la antigua Provincia Española, año 1893

Justo un siglo después separación de la antigua Comunidad Provincial española del Gobierno Central de la Orden, por el Breve de Pío VI “*Apostolicar sedis auctoritas*”, emitida el año 1793, tuvo su origen la nueva Comunidad Provincial española en el año 1893, siendo el Superior General de la Orden el P. Juan Mattis, en la ciudad de Valencia. Para dar cumplimiento a esta misión, fue designado el P. Estanislao Carcereri, que se hizo acompañar por el P. José Camilo Ciman. Llegaron los dos a Valencia el día 16 del mes de octubre del año 1893 y, pronto, plantaron la primera semilla camiliana allí, donde aún quedaban algunos resquicios y recuerdos, ya lejanos, de la presencia de los religiosos camilos, pese a los casi 60 años transcurridos desde la exclaustación del año 1835.

Desde la comunidad de Valencia se expandió esta semilla camiliana por Madrid, primero, en el año 1896, y por Barcelona, después en el año 1899. No muy lejos de Barcelona, se implantó en el “Convento de Sant Tomás”, en la Plana de Vic, el año 1901, siguiendo por Bilbao, en el año 1927, y Arcentales, en la misma provincia de Bizkaia, el año 1931

Volviendo al principio de esta publicación, ya en el año 1632 el P. Francisco Antonio Sarri dejaba a la consideración de las autoridades de la Iglesia si aquellos que mueren voluntariamente, e inflamados por la caridad, en el servicio a los enfermos apestados, serán coronados con la diadema de los mártires, como aquellos

que entregaron sus vidas por su fe y su condición de religiosos cristianos. Quiso probar, por tanto, que su muerte, por la excelencia del acto, es un vivo retrato del verdadero martirio.

Epidemia de gripe, conocida como “*la fiebre española*”, año 1918

Se considera como la epidemia más devastadora de la historia, de inusitada gravedad. Se dio el inicio al contagio en el mes de febrero de 1918. Muchos estudios sitúan los primeros casos en una base militar estadounidense de Kansas el 4 de marzo de ese mismo año. Tras registrarse los primeros contagios en Europa, pasó a España, un país neutral en la primera guerra mundial de los años 1914 al 1919, que no censuró la publicación de los informes, sobre la enfermedad y sus consecuencias, a diferencia de los otros países centrados en el conflicto bélico. El ser España el único país que se hizo eco en la prensa del problema, provocó que esta epidemia fuera conocida como “*la gripe española*”. Lo más normal es que esta epidemia fuera transmitida por los soldados estadounidenses. Uno de los campamentos militares, establecido en Kansas, estaba habilitado para el envío de soldados a Europa.

Esta epidemia estaba causando estragos, desde los inicios de la primavera, entre los ejércitos de Estados Unidos, Francia e Inglaterra, contra el ejército alemán. En la prensa de los países europeos, que participaban en esta guerra, se censuraba el hecho, ya que no podía hacerse mención alguna de los reveses militares, que pudieran afectar a la moral de las tropas.

Se declaró esta epidemia en España el 29 del mes de junio de 1918, cuando el inspector general de Sanidad, Don Matías Salazar, anunció, ante la Real Academia de Medicina de Madrid, que dos partes de la población de la capital madrileña estaban enfermos, a causa de una gripe, desconocida en otros lugares. En un

primer momento, los medios periodísticos de España intentaron, también, dar otro nombre a la epidemia, bautizándola como “*el soldado de Nápoles*”, por haber desembarcado las tropas norteamericanas en el golfo de dicha ciudad italiana, o “*la enfermedad de moda*”. La segunda oleada afectó tanto a las grandes ciudades españolas, como a los pequeños municipios del mundo rural. Pese a no ser el epicentro de la pandemia, fue España uno de los países más afectados. Aunque comenzó siendo una gripe relativamente, su mortalidad fue aumentando progresivamente.

Se desconoce la tasa exacta de mortalidad, pero se estima que murieron entre el 10 o el 20% de los infectados, unos 25 millones de víctimas, a lo largo de las 25 primeras semanas. Se cobró más víctimas esta epidemia que la primera guerra mundial, probablemente unos 60 millones de fallecidos en total. En España, que fue de los países más contagiados en su población, hubo cerca de 8 millones de infectados y alrededor de los 300.000 las víctimas mortales. En el año 1920 se detectó el último repunte, pero no hubo más fallecidos. La epidemia desapareció de una forma muy parecida, a como se había originado. Se vio desaparecer, tal y como había llegado.

Dos mártires de la caridad, con su nombre grabado en oro, y dando tintes de gloria para la historia de la nueva Comunidad de Camilos en España, entregaron sus vidas durante esta peste en el ejercicio de cuarto voto, asistiendo a los enfermos, un voto profesado en su día, como broche de oro del ministerio camiliano, que lleva al culmen el carisma de los “Servidores de los Enfermos”, incluido en los momentos de peligro de su propia vida. La historia de la Orden camiliana es abundante en ejemplos de los “mártires de la caridad” ya desde sus orígenes, en tiempos de su fundador, el P. Camilo de Lelis. Fueron muchos los que se inmolaron en las epidemias de peste de su tiempo y, así, durante toda su historia, en la que entregaron sus vidas en las fechas que acontecieron. Ejemplo de todo esto, son las siguientes páginas, que se

escribieron en el año 1918, con ocasión de esta pandemia de gripe, que asoló todas las regiones españolas.

Epidemia de “gripe española” en Marines, provincia de Valencia, septiembre de 1918

H. Vicente Coll Calduch



Nació en Benifayó de Espioca, provincia de Valencia el día 1 de octubre de 1881, siendo sus padres Don Vicente Coll, de profesión escribiente en la abogacía de Don Anselmo de la Cruz, y Doña Isabel Calduch Correll. Sus dos hermanos se llamaban Rafael e Isabel. Le mandaron sus padres a estudiar en el colegio de los carmelitas de Manises.

Desde allí, a los 17 años de edad, el 24 de noviembre de 1898, dirigió esta carta de despedida a sus padres:

“Queridos padres, esta es mi carta de despedida. Es una carta de adiós para vosotros y mis hermanos. También es un adiós a todas mis pertenencias terrenales, a todas las cosas, a las que he estado sometido. A partir de hoy, no habrá más servidumbre, solo el mandato de Dios, mi entrega y mi ayuda a los demás. Creo que no es una decisión precipitada. Sabéis vosotros de mi carácter reflexivo y no lo acabo de pensar. Es producto de lo que ha ido siendo mi vida. No soy un hombre sencillo. Es difícil que alguien, desde fuera, conozca mi yo más profundo. Hay dentro de mí una lucha continua entre lo que quiero y lo que debo hacer. Creo que, por fin, he conseguido aplacar mis desazones: he elegido a Dios.”

Padres, vosotros sabéis que mi amor a la familia es grande, que mis hermanos son mi vida, que con vosotros he sido feliz y, al dejarlos, me duele todo el ser. Qué voy a contaros de la soledad, que me embargará al no estar con mi hermano Rafael, que ve en mí el maestro a seguir, o no poder cuidar a Isabel, que tan delicada ha tenido siempre su salud. Hoy pienso que ha sido, el estar cerca de ella y cuidarla, lo que ha hecho en mí nacer en mí esta vocación de cuidar a los enfermos, a las más débiles, o, tal vez, ya la puso Dios en mí, y, al estar al lado de mi querida hermana enferma, ha sido la chispa que me ha encaminado definitivamente. Me voy, estoy tranquilo y quiero que vosotros también lo estéis. Soy un joven, como cualquier otro, de 17 años. Me habéis visto trabajar, estudiar, disfrutar con mis amigos, que han estado aquí con nosotros. He ido viviendo, creciendo y madurando y, llegados a este momento, elijo libremente mis vocación religiosa. Sé que voy a ser feliz, y os quiero felices a vosotros también. No quiero tristezas, ni lágrimas. Dios está por encima de nosotros, no tengáis dudas, y lo que yo he elegido es mi camino. Os quiero”.

Así fue su despertar vocacional. Ya desde joven, sintió la llamada de la vocación hacia la vida religiosa.

Ingresó, como oblato, en la Orden de los religiosos camilos, que tenía abierta una casa de comunidad en Valencia, el 27 de noviembre del año 1898, a la edad de 18 años. Casi tres meses después, tras un discernimiento vocacional, tomó el hábito camiliano, como novicio, el 18 del mes de marzo de 1899. Al año siguiente, los examinadores de los novicios decidieron que pasara al estado laical, como hermano.

Por las notas escritas por el P. Buenaventura Prieto en su día, se sabe que el H. Vicente Coll era un religioso muy apreciado por

sus compañeros de comunidad, y, más aún, por sus superiores. El día 10 de diciembre del año 1900 fue destinado a la comunidad de Madrid. *“Sin apenas quitarse de encima de su hábito el polvo y la carbonilla de un viaje tan largo en ferrocarril, escribe el cronista, y sin tener tiempo para lavarse la cara, dar un cabezazo, descansar un poco y comerse un bocadillo, el superior de la comunidad, el P. Luis Stecanella, le pidió que se hiciera cargo de un enfermo, al no haber nadie disponible, en esos momentos, en la casa de la comunidad”*. Allí fue, obediente, el H. Vicente Coll, sin saber, ni preguntar nada más, y estuvo cuidando en su domicilio, durante quince días, a un enfermo, que resultó ser el hijo de un insigne personaje del Senado, Don Guillermo Rolland, miembro también del Consejo de Reino.

El enfermo se encontraba muy grave y las preocupaciones, por su salud, de sus padres eran muy grandes. El H. Vicente Coll lo atendió con enorme eficacia y cariño. Una vez curado su hijo, le entregó su padre, dentro de un sobre, un papel con una tarjeta, diciéndole: *“Hermano camilo, dígame a su superior que le estamos muy agradecidos por sus eficacias y sus mimos, dedicados a nuestro hijo. Entréguele, por favor, esta tarjeta, por si le pudiéramos servir en alguna otra ocasión”*. En el interior de la tarjeta iban 500 pesetas de aquel tiempo, que permitieron salvar, y salir hacia adelante, a la comunidad del agobio económico, en el que se encontraba. Precisamente en esos días vencía el pago anual del alquiler de la casa de la comunidad, que era de 300 pesetas, en la calle Blanca de Navarra, y apenas tenían recursos para hacer frente al pago del alquiler. Dentro del sobre, había también unas letras escritas, con una recomendación al superior de la comunidad, que decía: *“Padre superior, cuide ese tesoro. El H. Vicente es un ángel; más que el médico, ha sido él quien ha cuidado a mi hijo”*.

Se presentó, el H. Vicente Coll, como voluntario para asistir y atender a los enfermos y heridos del Hospital Militar de Madrid, consciente del estado precario, en el que se encontraban los enfermos, además de prestar otros servicios de atención a la gente

más necesitada del entorno de la residencia de la comunidad. Fue ésta su actividad asistencial durante los casi siete años que permaneció en Madrid. Desde allí fue enviado al “Convento de Sant Tomás” de Vic, provincia de Barcelona, y, tras unos días de recogimiento espiritual, emitió sus primeros votos de profesión religiosa, de manos del P. Ángel Ferroni, Vicario Provincial, el 25 de marzo de 1909, fiesta de la Anunciación.

El año 1913 fue, de nuevo, destinado a la comunidad en Madrid. Allí se dedicó la asistencia domiciliar de enfermos y proseguir con su formación religiosa y sanitaria, impartiendo ésta el director médico del hospital. Tras diez días de ejercicios espirituales, emitió sus votos solemnes de profesión religiosa en el mes de mayo de 1915, en presencia de su padre y de su hermano. Tres meses después, los primeros días del mes de agosto, volvió a ser destinado a la comunidad del “Convento de Sant Tomás” de Vic. Allí le encomendaron el cuidado del párroco, ya mayor, de Prat de Llusanés, desplazándose a esta localidad el día 6 de octubre, a instancias del obispo de la diócesis. Allí permaneció por espacio de dos meses. Después le enviaron a la comunidad de Barcelona, para ayudar en el servicio ministerial con los enfermos.

Dos meses después, en el mes de febrero de 1916, volvió al “Convento de Sant Tomás”. En el mes de septiembre se le encomendó, en situación muy difícil, la asistencia a un enfermo en Aiguafreda y, después, a otro enfermo de la localidad de Seba. El 19 de octubre se incorporó a la comunidad de religiosos camilos de Barcelona, donde siguió su trayectoria, marcada por la generosidad en su entrega a los enfermos y por su intensa vida interior, que se traslucía en toda su persona.

Dos años más tarde, en el año 1918 la epidemia de gripe, conocida también popularmente como “*la cucaracha*”, se hizo presente en Valencia. En pequeño pueblo del norte de la sierra valenciana, de nombre Marines, situado a unos 15 kilómetros de

Liria, y a unos 40 kilómetros de Valencia, que contaba con unos 300 habitantes de población, la enfermedad se cebó en unos 250 de ellos. Daba lástima y compasión ver a familias enteras, prostradas en cama, sin que hubiera una mano que las consolara. En vista de ello, y, para atenuar en lo posible el mal, y, sobre todo, para que los enfermos estuvieran debidamente atendidos, siendo superior de la comunidad de Valencia el P. Enrique Icardo, recibió la visita del párroco, Don Vicente Balaguer, y del alcalde de aquella localidad, Don Simón Calvet. *“Querido P. Icardo, le dijeron, échenos una mano, por favor, se nos está muriendo todo el pueblo”*, y el P. Enrique Icardo eligió, para esta misión, al P. José Avellá y al H. Vicente Coll, después de haber practicado este último unos ejercicios espirituales. Ante la pregunta que le hizo el superior de la comunidad, sobre si estaba dispuesto a ir a socorrer a los enfermos contagiados en Marines, le contestó que aquella obediencia era para él un especialísimo favor que le hacía. Les dio a los dos la bendición, les encomendó a nuestra Señora, la Virgen de la Salud, y, al día siguiente, el 8 de septiembre, les envió a Marines.

No queda constancia de los medios de los que se sirvieron para llegar hasta allí, dejó escrito en el P. Buenaventura Prieto. Llegaron a Marines, pasada ya la puesta del sol. Nadie les salió a recibir. Todo el pueblo se encontraba bajo un silencio sepulcral. Lo primero que hicieron ellos fue preguntar por la rectoría del párroco, Don Vicente Balaguer, y éste les recibió como a ángeles, llegados desde el cielo. En la misma rectoría estudiaron bien el estado sanitario de la situación, en la que se encontraban los vecinos. Tanto el P. José Avellá, como el H. Vicente Coll, se dividieron por calles. Parroquia hacia la derecha era el feudo del H. Vicente Coll y hacia la izquierda era labor del P. José Avellá. Enseguida se dedicaron, con increíble afán, a su misión asistencial, tanto en lo corporal, como en lo espiritual. Había que ver a estos dos ángeles de la caridad cómo se multiplicaban, para consolar y adecentar a los enfermos.

A los pocos días cayó enfermo el cura párroco del pueblo, lo que hizo que el mismo P. José Avellá tuviera que desarrollar también las tareas de párroco, sin descuidar su parcela asistencial. Se encargó de las misas, de la administración de sacramentos y de los entierros. Bautizó a varios niños, víctimas de la enfermedad; casó a varias parejas *“in articulo mortis”*, y, todo esto, en pocos días. El H. Vicente Coll se multiplicaba por las casas del pueblo y ayudaba a bien morir. En una, levantaba a los niños y los aseaba, en otra, hacía la comida. Salía de una vivienda, y ya le esperaban, afanosos, en la siguiente.

El H. Vicente Coll no pudo aguantar mucho todo aquel trajín tan inhumano. No pudo resistir a tanta fatiga. A los cinco días de llegar, caía él también enfermo, teniendo que guardar cama. Como suele suceder, la gripe se le complicó con una doble neumonía. Sintiendo agotado, notaba que la fiebre le sacudía. El P. José Avellá estuvo en todo momento a su lado. Le administró los santos sacramentos del viático y de la extremaunción. Durante la recomendación de su alma, tras cuatro días de delirios, y otros ratos de lucidez, el P. José Avellá se esforzaba, entre lágrimas, en consolarle. Entonces, el H. Vicente Coll, perfectamente consciente del estado en el que se encontraba, le dijo: *“Padre, muero contento, porque muero como camilo, ofreciendo mi vida por este pueblo, para que Dios aplaque su ira sobre él, y ofrezco, gustoso, mi vida por todos. ¿Puede un hijo de San Camilo desear mejor muerte?”*. Palabras de un enfermo entre enfermos, que gozaba siempre de una salud espiritual, francamente envidiable. Besó el crucifijo, que el P. José Avellá le ofreció, y expiró, a la edad de 37 años y casi 20 de su ingreso en la Orden, víctima de su heroica caridad. Todo esto sucedió el 16 del mes de septiembre de 1918 por la tarde. Vivió como un héroe y murió como un santo. Jamás se borrará de la memoria de las gentes de Marines el grato recuerdo que, a su paso, dejó en este pueblo de Marines, como ángel de la caridad.

Conocida la noticia en la comunidad de Valencia, el P. Enrique Icardo la comunicó por telégrafo al resto de las comunidades, y, sin esperar un momento, se trasladó al pueblo de Marines. Se dejó que el cadáver reposara en la misma casa, en la que había fallecido. Al día siguiente se celebró la misa funeral, presidida por el P. Enrique Icardo, en presencia de las autoridades municipales del pueblo. Le solicitaron éstas que, por favor, les permitieran enterrar sus restos mortales en el cementerio del pueblo.

Finalizadas las exequias rituales del funeral, y accediendo el P. Enrique Icardo a las súplicas de las autoridades del municipio, la comitiva se dirigió al cementerio del pueblo. Allí, ante la tumba del H. Vicente Coll, en el momento de su enterramiento, el P. Enrique Icardo pronunció el siguiente discurso:

“Antes de abandonar este pueblo, tan duramente probado por Dios, teatro de heroicos, que han tenido por testigos a los ángeles del cielo, el que fue más que superior hermano tuyo, viene a darte, lloroso, el último adiós. Descansa en paz, querido mío, al amparo de esa humilde cruz de caña, insignia gloriosa que te llevó al sacrificio, a la victoria. ¡Qué dulce muerte la tuya! Contagiado mortalmente, con la serenidad de los justos, con la generosidad del mártir, ofreciste tu sangre, como víctima de expiación y, sin perder un momento la luz de la inteligencia, besando el crucifijo, un recuerdo constante de los votos, con los dulces nombres de Jesús y de María en los labios, plácidamente, entornando los ojos, reclinaste la cabeza en el regazo del Eterno. Lloro de pena y de alegría; pierdo un hijo, un hermano; pero tengo un protector, un santo. En este montón de tierra informe, tu sepultura, esa tumba, será para tus hermanos en religión un estímulo constante, para seguir tu ejemplo, un monumento perenne para los habitantes de Marines, la memoria de un “mártir de la caridad”.

Su fe de bautismo se conserva aún en los archivos de la parroquia de Benifayó de Espioca, su pueblo natal.

La noticia corrió como la pólvora entre las demás comunidades de los religiosos camilos y otra tanta gente que guardaba un recuerdo entrañable del H. Vicente Coll. Más que ninguna otra casa, la comunidad del “Convento de Sant Tomás”, cercano a Vic, la lloró. El encargado de explicárselo a los novicios, de los que estaba encargado como vicemaestro, fue el P. Urbano Izquierdo. En medio de la tristeza, que produjo en la comunidad la pérdida de tan buen hermano, la idea de que había fallecido como un héroe, cumpliendo con su cuarto voto, profesado en su día, en premio a su heroico sacrificio, fue para todos ellos un gran consuelo. Ya desde entonces, se comenzó a considerarle como un nuevo “mártir de la caridad”.

El día 1 de octubre de 1918 el P. José Avellá dirigía esta carta al amigo del H. Vicente Coll, Fabián:

“Soy el P. Avellá, compañero de fatigas en los últimos días del H. Vicente Coll. Tengo en mis manos las notas, que me entregó, para que se las hiciera llegar. He pensado que, también, le agradaría saber lo que han sido los últimos momentos de su vida. Cuando uno de los lugareños, que siempre acompañaba al H. Vicente Coll, se presentó ante mí, diciendo que el H. Vicente solicitaba mi presencia, temí lo peor. Y así fue. Cuando entré en la pequeña habitación, donde estaba nuestro hermano, él dormía fatigosamente. Le llamé, abrió sus ojos muy despacio y me pidió que escuchara su última confesión. Después de administrarle los santos óleos, me miró a los ojos con una sonrisa en los labios y una ternura infinita. Yo lloré, sin poderlo remediar. Bien sabe Dios que hice lo posible, por no llorar ante él, pero no pude evitarlo. Pronunció sus últimas palabras, diciendo: Padre, muero contento, porque

muerdo como hermano camilo. Gustoso ofrezco mi vida por estas gentes y por este pueblo, y por todos aquellos que necesitan nuestros cuidados. Beso el crucifijo, que yo le ofrecí, y expiró. Siempre suyo, el P. José Avellá”.

En el año 1973 aún sobrevivían descendientes de su familia en el actual pueblo. Para las gentes del viejo Marines el Gobierno construyó un nuevo Marines, teniendo que evacuar el viejo, por temor a un derrumbe de la montaña vecina. Para ambos pueblos, y para ambas autoridades, más civiles que eclesiásticas, el H. Vicente Coll sigue siendo un santo y, como tal, se le invoca. Hubo un momento, en el que se quiso trasladar los restos mortales del H. Vicente Coll, desde el cementerio viejo al cementerio nuevo. El alcalde y las autoridades municipales del nuevo pueblo consultaron a los religiosos camilos. Se les dijo que expusieran su intento a los antiguos vecinos de Marines, que no se movieron de sus hogares, y la respuesta fue fulminante: *“Al H. Vicente Coll, de aquí no lo mueve nadie, antes nos llevan a todos por delante”*. Tal hecho sucedió el 16 de septiembre del año 1973, 55 años después de su sepultura. Prometieron hacerle un pequeño mausoleo, tributarle todos los honores merecidos, porque pensaban que en el viejo Marines estaba muy solo y abandonado, pero todo fue inútil. A partir del año 1973 la plaza mayor del nuevo Marines lleva el nombre del H. Vicente Coll. En el viejo Marines aún vivían hijos y nietos, testigos de aquella maravillosa entrega de la vida de un religioso camilo, cumpliendo con su cuarto voto.

Finalmente, el 30 de marzo de 1999, tuvo lugar un emotivo acto de exhumación de sus restos mortales en el antiguo cementerio, depositados, después, en la sacristía de la iglesia parroquial, donde permanecieron hasta el 22 de mayo del mismo año, fecha del homenaje popular, con la ocasión de la resepultura en el nuevo cementerio municipal. El Superior Provincial de los religiosos camilos de entonces, el P. Dionisio Manso, acompañado por el P. Santos García, superior de la comunidad de Valencia, el P. Salva-

dor Pellicer, también de origen valenciano, y el párroco del lugar, presidió la eucaristía de la fiesta popular en presencia de la alcaldesa del municipio, junto con toda su corporación y vecindario en pleno. El P. Santos García bendijo el panteón de la nueva sepultura y el P. Salvador Pellicer explicó a los asistentes el significado de este acto de reconocimiento popular. Un rapso-
da local recitó la poesía “La violeta”, composición del P. Bartolomé Sapena, dedicada en su día a este “mártir de la caridad”.

En su nuevo panteón quedó escrita una inscripción, que dice: *“A la piadosa memoria del mártir de la caridad, el H. Vicente Coll Cal-
dub, Religioso Camilo, fallecido heroicamente en Marines el 16 de septiem-
bre de 1918, a los 37 años de edad, asistiendo a los apestados por la epide-
mia, popularmente conocida con el nombre de “la cucaracha” del año 1918”*
La alcaldesa del ayuntamiento agradeció al vecindario su asisten-
cia, por “el fraile más querido de toda la historia de Marines”, en pala-
bras suyas. En la organización de todos estos actos, de rendido
homenaje, tuvo mucho que ver la intervención directa del cura
párroco del pueblo, siendo “el alma” organizativa de esta con-
memoración. Con la colaboración de la Diputación Provincial de
Valencia, el ayuntamiento editó una breve biografía, dedicada a
sobre su nombre y figura, conocida en Marines como “el fraile”,
escrita por una larga lista colaboradoras del taller de literatura de
la localidad.

Siguiendo aun siendo vivo el recuerdo heroico del H. Vicente Coll, con ocasión de la celebración del primer centenario de su fallecimiento, el ayuntamiento de Marines le brindó otro rendido homenaje el día 1de noviembre del 2018, con una nota en su acta municipal, que dice: *“Hoy se ha realizado un homenaje al religioso cami-
lo, el H. Vicente Coll. Para ello, hemos contado con la magnífica voz de
Don Rafael Alonso, que ha recitado el poema “La Violeta”, compuesta por
el también religioso camilo, P. Bartolomé Sapena, dedicado a él, con ocasión
de su entrega asistencial a los enfermos contagiados, debido a la epidemia de
peste que tuvo lugar en este pueblo de Marines en el año 1918, y que causó*

su contagio y su posterior muerte heroica. La recitación del poema estuvo acompañada por el violín del maestro Don Javier García Morato. Desde aquí les damos las gracias por hacernos disfrutar de un momento tan emotivo y cariñoso, como lo fue el H. Vicente Coll”.

Recordatorio de defunción de Vicente Coll.

Nº 4434



A LOS RELIGIOSOS
DE LOS
CC. RR. MINISTROS DE LOS ENFERMOS
DE LA PROVINCIA ESPAÑOLA

Háganse los sufragios que prescriben las
Santas Reglas por el eterno descanso del
alma *del P. H. Vicente Coll*

que habiendo recibido los Santos Sacra-
mentos murió en el Señor, en *nuestra casa*
de Maricón (Valencia) Provincia *Española*
el día *16* de *Septiembre*
de 191*8*: a la edad de *27* años y a
los *20* de ingreso en Religión.

Dado en *Barcelona* el
día *17* de *Septiembre* de 191*8*

V. M. M. M.

R. J. A. Carbo, h. n.

Tp. G. O'Leary, R. J. A. Carbo, h. n.

Epidemia de “gripe española” en Pujalt, provincia de Barcelona, año 1918

Fue la comarca viguetana de la “Plana de Ausona”, donde se encontraba ubicado el “Convento de Sant Tomás” de los religiosos camilos en Sant Martí de Ruideperas, entre Sant Julià de Vilatorrada y Folgaroles, pueblos cercanos a Vic, de la provincia de Barcelona, una de las zonas más castigadas por la peste. Allí los camilos eran muy conocidos, solicitados y bien valorados, por su meritoria labor asistencial a los enfermos, principalmente en sus casas particulares. Ya desde el mes de agosto, empezaron a publicarse alarmantes noticias, referentes a esta epidemia de gripe, causando una gran mortalidad. Ante una situación tan desoladora, los religiosos camilos del “Convento de Sant Tomás” fueron requeridos para la prestación de su servicio ministerial.

Cuentas las crónicas de la comunidad de esos días que *“ya hace un par de meses que los diarios españoles llevaban noticias de una ligera indisposición de género gripal, que se ha dado en llamar “enfermedad de moda”. Esta afección fue difundiéndose rápidamente por toda España, con síntomas alarmantes. Desde últimos de agosto, y a partir del mes de septiembre, tomó un carácter epidémico muy maligno en las regiones del este, causando grandes mortandades. A principios de este mes de septiembre, comenzó a desarrollarse en esta comarca y en las provincias del principado catalán. Nuestra comunidad, durante 15 días, estuvo en medio del fuego, pero sin quemarse. Por disposición del superior, el P. Pío Holzer, comenzamos a rezar las oraciones comunes a Nuestra Señora de la Salud, a San Camilo y a San Roque, implorando la salud de la comunidad y el final de este azote epidémico.*

El 3 de octubre se recibió en la comunidad una solicitud del párroco de Pujalt, a 14 kilómetros de Calaf, un pueblo de unos 50 vecinos, de la diócesis de Vic. A través de él, a nombre propio y de las autoridades municipales, se solicitaban algunos religiosos, para asistir a los muchos afectados de gripe que, había allí”.

P. Urbano José Izquierdo Alcón

Las fechas más importantes que jalonan la vida del P. Urbano Izquierdo son las siguientes. Nació en Mosqueruela, provincia de Teruel, el 25 de mayo del año 1889. Fue el hijo primogénito de Don Custodio Izquierdo y Doña Fausta Alcón y hermano de Vicente, Teresa y Máximo. Vicente fue ordenado sacerdote y ejerció, como tal, en la diócesis de Valencia, falleciendo, como mártir de la fe, durante la guerra civil entre españoles del año 1936. Su hermana Teresa ingresó, como religiosa, en la Orden de Santa Ana, y Máximo murió, siendo aún un niño. El matrimonio vivía ejemplarmente su fe religiosa, en la que su madre, Fausta, sobresalía de manera especial. Su padre, Custodio, era el practicante y barbero del pueblo.



Vivió sus años de infancia el P. Urbano Izquierdo en la calle de San Cristóbal, primera casa a la izquierda, chaflán con la calle Mayor, y, después, en la propia calle Mayor, segunda casa, chaflán con la calle “Ricos hombres”. Recibió una esmerada educación cristiana y una buena, y elemental, enseñanza en la escuela de su pueblo. Su maestro, Don Santiago Millán, lo tuvo como ayudante en la escuela nocturna. Hubo, ya entonces, quien, burlescamente, le llamaba “*el santo*”.

Siguiendo el ejemplo de su hermano Vicente y la llamada vocacional hacia la vida religiosa, a los 13 años de edad, el 25 del mes de septiembre de 1902 ingresó en la Orden de los religiosos camilos, como postulante vocacional, dentro del “Convento de Sant Tomás”, de reciente apertura, junto con otros tres chicos de Mosqueruela, compañeros de escuela, Salvador Vicente, Vicente Arahuete y Gaspar Cañada, emulando los pasos de otro insigne personaje, también allí nacido, el P. Miguel Juan Monserrat, el año 1600 y fundador de la primera comunidad de los religiosos camilos en Madrid en el año 1634.

Comenzó su año de Noviciado en aquel mismo convento el 15 del mes de julio del año 1904, bajo la dirección del P. Pío Holzer, emitiendo sus primeros votos de profesión religiosa dos años después, el 15 de julio de 1906. Siendo ya estudiante profeso, fue enviado a Verona, en Italia, para seguir con sus estudios eclesiásticos, en orden a su ordenación sacerdotal. Allí emitió sus votos solemnes el día 8 de diciembre de 1909. Fue ordenado de sacerdote en Cenedo, Italia, el 13 de noviembre del año 1911, regresando, después, destinado, al “Convento de Sant Tomás” de Vic el 8 de septiembre de 1912. Allí desempeñó labores de profesor de filosofía, teología, retórica, derecho e historia, durante los cursos académicos entre los años 1912 al 1918. Nombrado vicedirector de novicios en el año 1915, sabía bien inculcar intensamente en ellos el espíritu y el carisma camiliano del servicio a los enfermos.

Muy aficionado a la retórica, queda de él su colaboración en su seminario de Vic, “Ausetania”, donde publicó algunos versos, además de una elegía, que se conserva en el archivo provincial, dedicada a su buen amigo, Don Joaquín, con ocasión de la pérdida de su madre, fechada en Verona el 27 de julio de 1909, y otras obras, que revelan su amor, su celo y su entusiasmo por la Orden de los religiosos camilos y el ejercicio de su ministerio para con los enfermos. Compuso, además, un manuscrito con el título de

“Los precursores de la cruz roja”, y dejó, de puño y letra, una valiosa recopilación de documentos de la antigua Provincia Española, especialmente de la comunidad de Barcelona. Tradujo, y anotó, un opúsculo de la Consulta General de Roma, titulado “Sobre la naturaleza del Instituto”, en el año 1913. Compuso, también, un “Triduo a Nuestra Señora de la Salud”, publicado en Madrid el año 1918.

Era de estatura media, complexión recia y nariz pronunciada. De carácter enérgico, mezcla de aspereza y dulzura, sabía también ser jovial y entusiasta. Su buena salud se resintió en Italia, probablemente debido a la dedicación de los estudios, a la que siempre se entregaba con tal entusiasmo, que le hacía olvidar el debido descanso. Los libros y las revistas se convirtieron para él en la mejor afición cotidiana.

Durante la ya mencionada epidemia de “gripe española”, el día 3 de octubre del año 1918, en el “Convento de Sant Tomás” se recibió una solicitud, firmada por el cura párroco de Pujalt, Don Jaime Corbatera, y por las autoridades de la administración local, dirigida al superior de la comunidad, el P. Pío Holzer, para la asistencia a los enfermos afectados por esta pandemia. Pujalt era un pequeño pueblo de la provincia de Barcelona de unos 50 vecinos, no muy distante del “Convento de Sant Tomás”. Enterado de tal demanda, inmediatamente se presentó como voluntario el P. Urbano Izquierdo, para prestar allí sus servicios a aquellos enfermos. Parece que el buen P. Urbano tuvo el presentimiento de que a Dios le era aceptada la ofrenda de su vida, según la despedida que hizo a sus novicios, y que escribió momentos antes de partir.

La carta que encontró el P. Pío Holzer, dirigida a los novicios, la dejó dentro de la carpeta de su escritorio, y dice así:

“A mis queridos novicios: Adiós, mis queridos novicios, me voy a cumplir con mi cuarto voto solemne, que pronuncie hace nueve años, y jamás me he arrepentido de ha-

berlo hecho. La obediencia me manda a trabajar por nuestros queridos enfermos, afectados por la peste. Pobrecitos. ¡Con cuántas ansias esperan el socorro de los hijos de San Camilo! Por ellos, voy a trabajar sin descanso, para aliviar los cuerpos, y, sobre todo, salvar las almas, mientras me quede un hálito de vida.

Si Dios quiere llamarme a la eternidad, bendito sea mil veces. En la profesión religiosa le devolví la libertad y ahora le devuelvo la vida, que me dio. Si me llama al cielo, junto a nuestro santo patrón, San Camilo, voy gozoso y me ofrezco, desde ahora, como víctima, por el bien de los pobrecitos y amados enfermos, por este Noviciado, que tanto ama el Señor y la Virgen, y por toda la Orden. Adiós, mis amados. Rogad a la Virgen, nuestra común Madre, por mí. Adiós, os espero en el cielo”

Eran las dos de la tarde del 3 de octubre.

En efecto, aquella misma tarde salió del convento para tomar el tren en la estación de Vic, que salía a las cuatro de esa misma tarde, que combinaba con el tren de las 17,15 horas, un tren correo que iba dirección a Lérida. Llegando a Calaf a las 22,30 horas de la noche, con ansias de llegar al lugar de las desgracias, para entregarse, sin descanso, al alivio de aquellos pobres lugareños, ante la imposibilidad de encontrar un carruaje que lo llevara, esa noche se alojó en la casa rectoral del arcipreste, con ansias de llegar al día siguiente a Pujalt.

Ese día, el 4 de octubre, después de celebrar la misa, que debió de ser muy temprano, solo, y sin poder aguardar la tartana del correo, que sale diariamente de Calaf, dirección a Pujalt, decidió irse a pie al lugar de su destino. Se presentó allí a las 8,30 horas de la mañana, dejando admirados al párroco y a las autoridades municipales del pueblo, por la prontitud de la llegada de un socorro tan deseado.

Al siguiente día dirigió una carta a su superior, el P. Pío Holzer, escrita en estos términos:

‘Muy reverendo y amado Padre Prefecto: Son las dos de la madrugada. Llegué a este pueblo, a 15 kilómetros de Calaf, ayer a las 10 horas de la mañana. Tuve que dormir en casa del arcipreste. Apenas llegué a Pnyalt, un pueblo que tiene unos 150 habitantes, comencé a visitar enfermos, en compañía del cura párroco. Está todo esto hecho una calamidad. Apenas hay familias que no tengan algún enfermo. La primera familia que visitamos consta de siete individuos, todos en cama, ya hace días que murió el padre. Es un cuadro desolador. Después, anduvimos unas tres horas, recorriendo las casas, y pude darme cuenta de la desolación que reinaba en estos pobres lugareños, muy mal servidos de asistencia médica y sanitaria, pues no tienen médico y solo viene uno cada dos días de un pueblo, distante a dos leguas.

Yo estoy velando esta noche en una casa, en la que tengo cuatro enfermos. Murió el domingo una hija que, hace ocho días, había venido al entierro de su padre. Se ha corrido la voz de que murió de tifus y todos huyen de la casa. La única que está un poco bien es la madre. Ha tenido que pasar sola una semana y, ni aun pagando, ha encontrado quien la quisiera ayudar. Yo les había avisado y visitado por la mañana y, al enterarse la gente de que yo había salido de esta casa, comenzaron a decir que hasta el camilo había huido de allí; pero se han llevado un buen chasco, al verme entrar, para pasar allí la noche. En cinco días se han registrado cinco defunciones, cuando el promedio oscilaba entre dos o tres.

El abatimiento moral es tremendo. ¡Cuántas lágrimas he podido enjugar en todo el día! Lo que más se echa

en falta es la desinfección, pero lo cual he ordenado que me traigan mañana algunos kilos de cloruro de cobre, unas cuantas pastillas de sublimado corrosivo y una decena de purgas, para distribuir las. Ayer tarde quise descansar un poco, pero no pude, pues comenzó a acudir la gente. Unos, para que viera las medicinas; otros, para pedir remedios y exponer sus enfermedades, y otros, para que fuera a verlos y consolarlos.

Por esto, vinieron el alcalde y el secretario, para agradecerme mis servicios, y yo les contesté que esto lo hicieran más tarde y que, por lo tanto, necesitaba proceder a la desinfección general, sin perder el tiempo, prometiéndome hacer todo lo que les indicara. Llamaron, entonces, al médico, que vendrá esta mañana, y, de acuerdo con él, todo se resolverá. Esté, Padre, completamente tranquilo y no se inquiete por mí, yo estoy contentísimo. ¡Se hace tanto bien! Creo que el haberme enviado aquí es uno de los favores que más agradeceré en toda mi vida. No hay enfermos graves y creo que será cosa de pocos días, pues lo más fuerte de la epidemia ya ha pasado. Carísimos recuerdos a todos y un abrazo en el Señor a mis queridos novicios.

Me encomiendo muy de veras, de V.R. afectísimo en el Señor, el P. Urbano Izquierdo”.

La segunda carta, también dirigida al P. Pío Holzer, lleva la fecha del 6 de octubre y se expresa en estos términos:

“Muy reverendo y amado Padre: Son las 10 horas de la noche y, antes de irme a la cama a descansar, quiero entretenerme un poquito con V.R. y con mis amados hermanos del convento de Vic. Aquí se ejercita la vida perfecta del religioso camilo. Hoy he visitado a unos 40 enfermos, sin contar con los que han venido a pedirme

consejo. Anoche pasé, velando, en la misma casa, que le dije en la otra carta, y, a las once de la noche, puse en manos de la Virgen de la Salud el alma de una joven de 22 años. Ya son tres los que han muerto en esta casa en diez días. Aún quedan tres enfermos, pero parece que van mejor. Esa joven hacía una semana que guardaba cama y, por fin, se levantó el sábado. Hacia las tres de la tarde comenzó a sentir punzadas en el costado, con grandes escalofríos. Estos fueron creciendo rápidamente y, a las ocho horas, la confesé y administré en santo viático. A las once, la extremaunción, enseguida la recomendación del alma y la aplicación de la indulgencia plenaria. A las once de la noche ya era cadáver.

Este hecho ha alarmado al pueblo y esta mañana se ha reunido el ayuntamiento, para tomar acuerdos, y, después de la sesión municipal, han venido todos a la rectoría, para comunicármelos y que les propusiera lo que debían añadir. Ante todo, les he dicho que procuren un médico, que esté continuamente en el pueblo, mientras dure la epidemia, y, entre tanto, que proporcionen los desinfectantes de primera necesidad e improvisen un depósito en el cementerio, para colocar los cadáveres, hasta el sepelio. Así lo han hecho y les he entregado una lista de medicamentos generales, que ya se han entregado esta mañana y los distribuirán por la casas.

Esta tarde hemos hecho rogativas públicas y procesión por el pueblo, para implorar el favor del cielo, y ha querido el párroco, Don Jaime Corbatera, que dirigiera la palabra al público. Así lo he hecho y, con el ánimo abierto, estaban dispuestos, pero todos lloraban al fin, y yo con ellos. En 24 horas ha cambiado la cosa de rumbo y empeora por momentos. Hay tres o cuatro gravísimos y algunos otros graves. Es esta enfermedad tan caprichosa,

que puede ser que, dentro de unos días, ya haya vuelto a mejorar el estado de las cosas. Yo, por mi parte, estoy contentísimo y, aunque paso ocho o diez horas sin reposar un momento, no tengo cansancio, tengo buen apetito y gozo, al ver lo mucho que se hace a estos pobrecitos afectados. Les consuelo, les animo, como el Señor me inspira, cuando paso por las calles y salen a las puertas, para hacerme entrar en todas las casas, en las que hay enfermos, y, siempre que vuelvo a casa, encuentro recados para otros enfermos.

Nunca, como ahora, he conocido la sublimidad de nuestro santo Instituto y la necesidad de grandes virtudes, para conservar la serenidad, entre tantas miserias, llantos y desgracias e inminentes peligros de contraer una infección, lo que sería mortal. Por eso, veo sobre el papel la mano de Dios y la protección de la Virgen, y gozo tanto cuando estoy con estos desgraciados, que no envidio la felicidad del más dichoso. Adiós, Padre, me llaman para un enfermo. Mañana dormiré más, si no vuelvo a dormir esta noche.

Suyo afectísimo en Cristo, el P. Urbano Izquierdo”.

En una carta, fechada el 10 de octubre, el párroco del pueblo, Don Jaime Corbatera, se dirigió al P. Pío Holzer, comunicándole lo siguiente:

“Muy reverendo Padre Superior, después de saludarle, me creo en el deber de ponerle al conocimiento de que el P. Urbano Izquierdo, desde el miércoles pasado, guarda cama, a consecuencia de un fuerte constipado. Si bien tuvo fiebre algo alta, tendió hacia la mejoría y no ha tenido gravedad, gracias a Dios. El médico no da importancia, ni le ha encontrado de cuidado en ninguna de sus visitas. Por precaución, no se ha levantado, si bien está tranquilo

y le sienta todo bien. El pueblo, que había mejorado, ha tenido otros varios casos, no teniendo que lamentar, hasta ahora, ninguna defunción.

*Sin otro particular, le saluda, con singular aprecio, el
que se ofrece a sus órdenes,
Don Jaime Corbatera, párroco de Puyalt”.*

No se explica el gran retraso de esta carta, debiendo haber llegado el día 12 a esta comunidad de Vic. El P. Pío Holzer contestando inmediatamente al párroco, pidiéndole explicaciones y rogándole que le comunicara cualquier síntoma de gravedad, para mandarle otro religioso camilo. El día 16, a las 11 de la mañana, se recibe un telegrama desde Puyalt, con este contenido: “P. Urbano Izquierdo enfermo de gripe. Complicaciones. Venid pronto. Jaime Corbatera, párroco”. Inútil es decir el sentimiento del P. Pío Holzer y el de toda la comunidad, pues no se ignoraba que, en las actuales circunstancias, la gripe era, con cualquier complicación, ordinariamente mortal. Inmediatamente ordenó el P. Pío Holzer que se redoblaran las oraciones y se empezaran nuevas novenas a la Virgen de la Salud y a nuestro santo P. Camilo, para pedir la salud del P. Urbano Izquierdo.

Sin pérdida de tiempo, ordenó al P. Gaspar Cañada que partiese para Puyalt. Así lo hizo, pero marchando antes con el tren de las 13 horas a Barcelona, para comunicarle al Superior Provincial de entonces, el P. José Camilo Ciman, la triste noticia y, desde allí, tomar el primer tren, dirección a Calaf. Arreglando combinaciones, llegó a Calaf a las once de la noche de aquel mismo día. El P. Pío Holzer ansiaba grandemente, por otra parte, ir él personalmente, pero no se juzgó prudente, por encontrarse muy indispuesto, teniendo una orden facultativa de no salir de su habitación.

En la estación le esperaban dos vecinos de Puyalt, con una carta de súplica del párroco, en la que le rogaba que fuese, sin pérdida de tiempo, a Puyalt. Esta petición, unido a sus muy naturales ansias e inquietudes, por ver al P. Urbano Izquierdo, le hizo determinar el marcharse, sin dilación alguna, a Pujalt, que dista de Calaf a dos hora de camino, aproximadamente, llegando, por lo tanto, al pueblo hacia la una de la madrugada, teniendo presente que hacía una noche fría y el viento soplaba fuerte, como se acostumbra por aquel trayecto. Si no le acuciaran tanto las ganas de ayudar, cuanto antes, a su hermano en religión, podríamos afirmar que el P. Gaspar Cañada cometió una gran imprudencia, caminando a pie aquellas horas y por aquellos caminos, con tanto temporal. A la madrugada del día 17 llegó el P. Gaspar Cañada a la rectoría de Pujalt.

Lo primero que hizo fue ir a ver al P. Urbano Izquierdo. ¡Qué tristeza! Lo encontró gravísimo, en medio de un delirio. Él le reconoció enseguida, lo llamó por su propio nombre y le estrechó la mano, demostrándole la alegría, que le causaba su presencia; pero, cosa extraña, el enfermo no preguntó por nadie, ni parecía tener interés por nada, una prueba segura de su gravísimo estado. Le saludó y le animó el P. Gaspar Cañada, sobre todo de parte del P. Pío Holzer, su superior. Le contestó él, delirando: *“El P. Pío, el P. Pío fa una estona que estaba aquí dintre, diguili que entri”*. El P. Gaspar Cañada le encontró en un estado deplorable. Tenía gripe y complicaciones de tifus y pulmonía. Estaba echado sobre la cama, con el hábito puesto, pues la tarde anterior se levantó y, al acostarse, no se lo pudo quitar, creyendo que se ahogaba. Tampoco Don Jaime Cortadas se lo pudo quitar. Sí lo hizo el P. Gaspar Cañada. Llevaba, además, cataplasmas caseras, compuestas de caracoles, tabaco hervido en vinagre y demás cosas, que el P. Urbano Izquierdo, cuando estaba sano, odiaba tanto. El P. Gaspar Cañada inmediatamente las suprimió y envió el siguiente telegrama al P. Pío Holzer: *“Impresión muy desagradable: tifus y pulmonía”*.

Al mediodía, continuando su estado de gravedad, le escribió la siguiente carta:

“Amado P. Pío Holzer, supongo que Don Carmelo Garriga, notario de Vic, les habrá explicado el telegrama. ¡Ay, Padre, qué horas más tristes estoy pasando! El P. Urbano Izquierdo se nos va. No hace más que delirar. Me reconoció enseguida, pero después se extraviaba. Ahora mismo he interrumpido esta carta, porque hablaba y le llamaba a usted, pues dice que está aquí y quiere que le dé la ropa para volver al convento de Sant Tomás. No estoy espantado, pero sí muy apenado. Las lágrimas me impiden casi continuar. Tantas cosas quiero hacer, que no sé lo que hacer, pues ya casi ni degluta, ni se puede mover, ya que se ahoga. No hay médico en el pueblo, ni farmacia, ni termómetros. Ahora mismo está delirando. Todo el pueblo está muy afectado por la gripe, acaba ahora de morir una mujer.

Escribo ahora también al P. José Camilo Ciman exponiéndole mi opinión y rogándole que me envíe, cuanto antes, al H. Florentín y al H. Ferrándiz, pues ellos, con su mucha práctica y experiencia, harían el último esfuerzo y creo que, dejando los enfermos que están atendiendo, lo podrían hacer. Primero es el P. Urbano Izquierdo, que es de casa, y los otros son de fuera. Aunque está muy grave, tal vez lleguen a tiempo.

Su afectísimo en el Señor, el P. Gaspar Cañada.

Ese mismo día, por la tarde, el P. Gaspar Cañada le confesó y le administró el santo viático. Habiendo tantos enfermos en el pueblo, su párroco había ordenado que no se tocara a viático, para no alarmar a la gente, pero con el P. Urbano Izquierdo se hizo una excepción. Mandó tocar las campanas y se reunieron unos cuantos hombres y mujeres, que acompañaron al santísimo.

El mismo P. Gaspar Cañada quiso tener el consuelo de administrar el viático al enfermo, P. Urbano Izquierdo. Los sollozos y las lágrimas ahogaban su voz, por algún instante, al pronunciar las hermosísimas y conmovedoras palabras del ritual. El P. Urbano Izquierdo, incorporándose un poco, pronunciaba, con voz débil, las palabras del confiteor y del credo, con las manos en el pecho, con señales de devoción, y, después, comulgó. Al terminar la ceremonia, quiso incorporarse algo más el P. Urbano Izquierdo, e hizo ademán de llamar a los presentes, para despedirse del pueblo. Se lo impidió el P. Gaspar Cañada, para que no se fatigase más; pero, no obstante, con voz entrecortada y palabras dificultosamente articuladas, se entendió lo que antes, y en particular, había dicho al P. Gaspar Cañada: *“Muero, gozoso, sin envidiar a nadie. Ofrezco mi vida a Dios, en satisfacción de mis propios pecados, en expiación de las faltas de todos los religiosos y, en tercer lugar, por el bien del pueblo, donde muero”*. Después se quedó danto gracias al Señor. La noche de ese día la pasó muy inquieto.

Al día siguiente, 18, a las cinco y media de la tarde, notando el P. Gaspar Cañada que se agravaba mucho, le administró la extremaunción y, a continuación, tanto él, como el párroco del pueblo, le aplicaron cuantas indulgencias tenían para conceder. Ya apenas se movía, ni articulaba palabra alguna durante todo el día. El día anterior, por el contrario, se pasó todo el día hablando y delirando. Sobre todo insistía en que le llevasen al convento de “Sant Tomás” de Vic, notando, seguramente, la nostalgia de la comunidad. A las dos de la tarde llegó el H. Florentino. El P. Urbano Izquierdo lo reconoció enseguida y, en señal de alegría, le tocó la cara con su mano. Se le aplicó una inyección de aceite alcanforado y una poción purgante. Todo esto con muy escaso resultado, por encontrarse el enfermo muy postrado. La llegada del H. Florentín fue casi providencial, pues el P. Gaspar Cañada, rendido por el cansancio, insomne y oprimido por la pena, tuvo que acostarse aquella misma tarde, con más de 38° de fiebre, que

le subió a media tarde, lo que le obligó a regresar al “Convento de Sant Tomás” de Vic.

El día 19 fue el día determinado por Dios, en sus eternos decretos, para galardonar la heroica virtud del buen religioso, el P. Urbano Izquierdo. Después de una noche de fatigosa respiración, a las seis y media de la mañana, comenzó la corta agonía de una media hora. A las siete, sin hacer el menor gesto, ni contracción, besando el crucifijo y mirando al H. Florentín, con una pequeña sonrisa, inclinó la cabeza y entregó su alma a Dios. Era sábado, tal vez la Virgen del Carmen, de quien era muy devoto, y cuya devoción había propagado siempre, imponiendo escapularios, se lo llevó directamente al cielo. Tenía la corta edad de 28 años, 16 años de ingreso en la Orden camiliana, 8 años de profesión solemne de sus votos y casi otros 8 años de ordenación sacerdotal.

Llegó la noticia de su fallecimiento al “Convento de Sant Tomás” a las seis de la tarde del mismo día, por mediación de un telegrama, enviado, para mayor rapidez, al notario Don Carmelo Garriga, muy afecto a la comunidad e íntimo amigo del P. Urbano Izquierdo, y éste nos la transmitió, vía telefónica, al colegio de huérfanos de la Sagrada Familia, ubicado a un cuarto de hora a pie del convento.

Aunque ya esperada, la noticia produjo una honda impresión en el P. Pío Holzer y en todos los religiosos de la comunidad. Hizo rezar un “*De profundis*” comunitario por el eterno descanso de su alma. Aquella misma noche, a las 21 horas, llegó el P. Gaspar Cañada que, hondamente impresionado, comunicó al superior, el P. Pío Holzer, el curso de la enfermedad del ya difunto P. Urbano Izquierdo.

El 21 de octubre el H. Florentino escribió una carta al P. Pío Holzer, en la que le informaba lo siguiente:

“Estimado P. Pío, después de saludarle a usted y a todos los hermanos de esa santa casa, contando apenas con cinco minutos, le pongo al corriente de un pequeño detalle de la muerte de nuestro querido P. Urbano Izquierdo, que en paz descanse. Yo llegué a Puyalt el viernes por la tarde a las 14 horas. Encontré al P. Urbano Izquierdo en un estado tal, que perdí todas las esperanzas. Le puse tres inyecciones de aceite alcanforado y, parece, que esto le animó. Entonces, aproveché para decirle alguna jaculatoria y no paraba de besar el crucifijo, y que llevase con paciencia lo que nuestro Señor había dispuesto. Al decirle esto, se sonrió, al tiempo que repetía muchas jaculatorias. Aproveché, entonces, para hacerle algunas exhortaciones y que tuviera confianza en la santísima Virgen y en nuestro santo P. Camilo, y me contestaba que quería morir pronto e irse con la Virgen y nuestro santo P. Camilo al cielo.

A las seis y media de la mañana del sábado, vi que entraba en agonía, sin hacer ningún gesto, ni contracción; antes bien, reía. Le di a besar el crucifijo y, después de besarlo, me miró sonriendo. Inclínó la cabeza hacia el lado, en el que yo estaba, y entregó su alma a Dios. El domingo por la mañana se le dio sepultura y se le cantó un oficio de funeral. Acudieron todas las autoridades municipales y todo el pueblo. El ayuntamiento, en pleno, tiene acordado hacerle un pequeño panteón, con una lápida.

Los enfermos se agravan casi todos y, la mayor parte, muere de tifus y pulmonía. Hay casas en las que tengo toda la familia en cama y no se encuentra una persona que les dé un vaso de agua. Raro es el día en que no mueren dos o tres. No podemos encontrar leche en ningún pueblo de estos, y yo mismo tengo que hacer la comida en muchas casas. Hoy mismo se me han muerto dos. Tengo

139 enfermos para visitar, muchos de ellos en estado gravísimo. Lo más triste de todo esto es que hay casas que, en una misma familia, hay cuatro o cinco enfermos y algunos de ellos en estado agónico. Según cuentan aquí, el médico hace siete días que no viene por este pueblo. No puedo seguir escribiendo, porque tengo que ir a recomendar el alma a dos enfermos. Consérvese bien y ruego a la comunidad que me tenga presente en sus oraciones.

H. Florentino Pérez”.

Después de tres días del fallecimiento del P. Urbano Izquierdo, Don Jaime Corbatera, párroco del pueblo, remitió al P. Pío Holzer una carta, que dice así:

“Muy señor mío, con vivo sentimiento tomo la pluma en estos tristes momentos, para asociarme al dolor de vuestra reverencia y demás comunidad, con motivo de la muerte del reverendo P. Urbano Izquierdo, que en paz descanse. Mucho he sentido la llorada pérdida de tan buen religioso camilo, y solo me queda la resignación a la voluntad de Dios y el haber hecho, por otra parte, lo que hemos sabido hacer, sin perdonar medio alguno para su salud. Por si puede servirle de algún lenitivo, en su justo dolor, me permito significarle que en su sepelio, que tuvo lugar el pasado domingo, concurrieron todas las autoridades y el pueblo en general. Además, se ha determinado colocar una lápida, para perpetuar su buena memoria, entre los habitantes de esta localidad, y dedicar una de las calles a la misma víctima del deber.

Perdió la vida, por salvar la de los prójimos enfermos, en este pequeño pueblo. En mis oraciones, tendré presente el alma de mi buen amigo y compañero en el sagrado ministerio y el agradecimiento a todos ustedes. Una santa resignación.

*Sin otro particular, queda éste, que su mano besa,
Don Jaime Corbatera, párroco de Pujalt.*

P.D: Desearía saber si el P. Gaspar Cañada está ya en casa y cómo se encuentra de salud. Parecía decrecer la epidemia en este pueblo, pero se ha recrudecido, haciendo cada día más víctimas. Solo cuatro casas estaban sin enfermos. La semana pasada algunas de ellas con todos los ocupantes contagiados, sin poderles auxiliar, ni tener quien les asistiera. Ahora mismo, en compañía del H. Florentino Pérez, salimos para una casa, donde han estado todos atacados y ya han muerto dos. Según su indicación, se han trasladado a otra vivienda, para tratar de salvarlos. Vale. Aquí está el H. Florentino visitando enfermo sin cesar. Está bien y le suplica oraciones”.

La prensa local de la comarca de Vic se ocupó, con gran interés, de destacar la figura del P. Urbano Izquierdo, y su gesto heroico, con la palma del martirio. Así lo hicieron la revista “Ausestania”, editada en Vic, en su número 927 del sábado 26 de octubre de 1918, “Gaceta Cataluña” del lunes 28 de octubre de 1918 y “El Correo Catalán” del lunes 2 del mes de noviembre de 1918.

Diez años después de su fallecimiento, en el año 1928, el pueblo de Puyalt le tributó un homenaje, siendo su promotor el P. Juan Ballester, superior, a la sazón de la comunidad del “Convento de Sant Tomás”. Se exhumaron sus restos, colocándolos en una precisa urna, costeada por el mismo pueblo de Pujalt. Al día siguiente llegaba el nuevo Superior Provincial de los camilos, el P. Gaspar Cañada, acompañado por los demás superiores de las otras comunidades camilianas, siendo todos muy bien recibidos por los representantes y demás autoridades del pueblo. Se celebraron solemnes funerales, encargándose el condiscípulo y paisano, el P. Vicente Arahuate, de pronunciar la oración fúnebre.

Seguidamente, se procedió al traslado del féretro al cementerio municipal y, sobre el panteón, se colocó una lápida grabada, llevada desde el “Convento de Sant Tomás”, que se dedicó al P. Urbano Izquierdo y a su recuerdo como “mártir de la caridad. Aquel mismo día se colocó, también, otra lápida, que fue bendecida y expuesta en la plaza mayor del pueblo de Pujalt.

Con ocasión del 50º aniversario de la muerte del P. Urbano Izquierdo, fallecido en el año 1918, el Superior Provincial de los camilos de entonces, el P. José Fernández, tuvo el acierto de encarar al P. Jesús Jiménez y al H. José Rodríguez en el pueblo de Pujalt la organización de este aniversario. Ambos, con gran entusiasmo, y *“sin un centavo en los bolsillos”*, al escribir del cronista, hicieron posible, con la colaboración de todo el pueblo en pleno, unas jornadas maravillosas, de las que gozaron otros religiosos camilos y demás asistentes. Tanto San Camilo, como el P. Urbano Izquierdo, sabrán pagar a todos, desde el cielo, lo que se hizo y lo que, quizás por espacio de tiempo, no se pudo hacer.



El programa de festejos fue el siguiente: El día 18 de octubre llegaron a Pujalt el P. Jesús Jiménez y el H. José Rodríguez para preparar el ambiente. Al día siguiente, 19, el alcalde de Pujalt mandó ordenar un bando, invitando a todo el pueblo a participar activamente en los festejos. Ese mismo día, a las 16 horas, dos tractores se encargaron de adecentar el pueblo, mientras que en el cementerio se abría la sepultura del P. Urbano Izquierdo. Estaba la fosa llena de agua. Con una bomba de extracción, primero, haciendo una perforación en el fondo de la misma después, se pudo achicar el agua. Se abrió el ataúd, que contenía el esqueleto

completo del P. Urbano Izquierdo, con restos del hábito y el crucifijo de su primera profesión de votos intacto. Se retiró el crucifijo y, con unos hierros y obra de cemento, se elevó el ataúd, con el fin de que no tocara el fondo, y, sobre la tumba, se colocó una nueva losa, que estaba retirada y en mejores condiciones que la anterior, ya muy desgastada.

Se engalanó el pueblo con pancartas alusivas al acontecimiento y banderas, prestadas por el municipio de Vic. A las nueve de la noche hubo un general volteo de campanas y disparos de cohetes. Antes, entre las siete y las nueve, como se había programado, hubo una celebración de confesión general, como en un día de Pascua. El pueblo, en masa, se presentó en la iglesia al día siguiente, para recibir la comunión en la eucaristía del domingo, día 20. A las ocho de la mañana de este domingo, presidió la eucaristía el rector del pueblo, un santo y simpático sacerdote ya mayor. La homilía de la fiesta corrió a cargo del P. Jesús Jiménez, celebrando la misa mayor a las 12 horas.

A las 15,30 h. el pueblo entero estaba esperando la caravana de autos, que llegaban desde el “Convento de Sant Tomás” de Vic. Viajaron casi todos los religiosos de la comunidad. Acudieron también a los actos de celebración dos religiosos camilos de la comunidad de la calle Baja de San Pedro de Barcelona y muchos amigos y conocidos de la Plana de Vic. De los pueblos vecinos, llegó la representación de sus curas párrocos y los religiosos de la Merced, que custodian el sepulcro de San Ramón Nonato. Hijos nacidos en Pujalt, acudieron de todas las partes de España. Una gran pancarta, colocada a la entrada del pueblo, daba la bienvenida a todos los invitados al acto. Seguidamente, se llevó a cabo una romería al cementerio, para visitar la tumba del querido P. Urbano Izquierdo. El P. Jesús Jiménez volvió resaltar su figura con vivos colores. El pueblo de Pujalt seguía manteniendo un cariño inmenso por su mártir. Muchos de los asistentes, sobre

todo los más ancianos, no pudieron contenerse al revivir las tremendas escenas que pasaron.

En la plaza del pueblo, el alcalde del municipio descubrió la nueva lápida de mármol, que da nombre al P. Urbano Izquierdo, aquella joya de historia, dormida en sus piedras. Acto seguido, en breves palabras, el joven alcalde le declaró *“hijo predilecto de Pujalt”*, al dar tan generosamente dio la vida por el pueblo. El cura párroco, visiblemente emocionado, confirmó, en menos palabras aún, la decisión de todo el pueblo.

El Vicario General de la diócesis de Vic, en la antigua iglesia de San Andrés, presidió una misa concelebrada. En esta concelebración, tomó parte el P. Javier Repullés y otro religioso camilo, primos carnales ambos del P. Urbano Izquierdo. La homilía del Vicario fue, como se dice *“de bandera”*. El P. Javier Repullés cerró todos los apretadísimos actos conmemorativos de la jornada, con breves y emocionadas palabras. Dio las gracias a todo el pueblo y a los asistentes a los actos, en nombre de toda la Orden camiliana, en el propio y en el de los parientes del P. Urbano Izquierdo, por el homenaje póstumo tributado a quien, no solo supo querer, sino amar hasta el extremo, como auténtico religioso camilo, a sus hermanos, los enfermos de Pujalt. Este pueblo le dedicó una placa a su memoria en la Plaza Mayor.

Como colofón final, el P. Javier Repullés leyó el siguiente telegrama, enviado por el Superior General de la Orden de los camilos, el P. Forsenio Vezzani: *“Presente, espíritu, conmemoración, muerte, caridad P. Urbano Izquierdo. Su ejemplo sea luz y estímulo en nuestra vocación de camilos. Especial bendición para todos los participantes en este acto de homenaje”*. Apostilla la crónica el P. Buenaventura Prieto con estas palabras: *“Arriba, los luceros y abajo un vientecillo serrano. Nos cobijamos en las escuelas del pueblo y unos dulces, con abundante “botellero” de lo negro y coca-colas, nos aclaran los pensamientos”*.

También dejó escrito el P. Buenaventura Prieto el siguiente artículo, publicado en el “Cor Unum”, boletín de la Comunidad Provincial de los religiosos camilos, bajo el título de “Un soñador y su pueblo”:

“El pueblo es Pujalt, provincia de Barcelona, camino de Cervera, lindando ya con la provincia de Lérida. El soñador, un joven sacerdote, religioso camilo, que muere de amor por el pueblo y duerme en el centro de un cementerio, el cofre donde Pujalt va arrumando las cenizas, el polvo de su blasones, esperando la hora de la verdad.

Pujalt tiene una historia de siglos, agostada en tinta de viejos pergaminos. Debió de ser un gran señorío, pero ahora solo quedan residuos de esta villa. Sus murallas se han ido desintegrando. La iglesia de “San Andrés”, antaño centro de la población, se encuentra hoy aislada, conservando solo el cascarón. Desde la torre del pueblo, desde la cima de sus almenas, se dice que se puede otear Montserrat. Un edificio palacio nos da la bienvenida. Estamos en la antigua plaza de armas, en la que se administraba justicia, se pregonaban bandos y charlaban los ancianos, en tardes domingueras. A la izquierda, la iglesia parroquial, con un altar mayor del siglo XVII. A la imagen de la Virgen, que preside el retablo, la llaman “La Purísima”, una talla preciosa, con el niño Jesús en brazos.

¡Qué mina de virtudes conserva aún el payés catalán! Lo habita una raza de hombres y mujeres con el corazón de oro y las virtudes señeras de sus mayores. De todo ello, el viento no se ha llevado un átomo, en sus andares de siglos. En Pujalt he visto llorar, como niños, a ancianos ochentones y, un poco por contagio, al pueblo entero, junto

a la losa sepulcral, que encierra los restos del soñador, el P. Urbano Izquierdo.

Hace ya 50 años que la gripe de 1918 pasó sembrando la muerte y el dolor en este pueblo catalán, donde la enfermedad se cebó de modo furibundo. No había médicos suficientes para atender a tanto doliente, ni sacerdote para auxiliar a tantos moribundos. El que había en el pueblo no daba abasto. La Orden de los Padres Camilos, que tanta ayuda, espiritual, como sanitaria, prestaba en el entorno de Vic y su comarca, acudieron a la llamada del alcalde y el cura párroco de Pujalt.

El día 3 de octubre, el P. Pío Holzner, superior de la comunidad del “Convento de Sant Tomás” recibió una solicitud, firmada por el párroco y el alcalde de la localidad, demandando religiosos camilos para atender a la población. Desde allí partió, radiante, el P. Urbano Izquierdo, como mensajero de paz y de bien. El pueblo fue testigo de su abnegación, de su entrega total por sus hermanos enfermos. Hace, entre ellos, de enfermero, de madre y de consolador. “He venido aquí, les dice, reunidos en la iglesia, para ayudarlos. Ya os amaba, sin conocerlos; ahora os amo mucho más, porque ya os conozco. Procurad ayudarme siempre con vuestra voluntad, procurar ayudaros mutuamente, y Dios nos ayudará. Estoy a vuestra disposición. Mi vida, si es preciso, os pertenece”. Y, junto a las 23 fosas, recién abiertas, de los hijos de Pujalt, cuando ya la pandemia parecía huir, saciada o vencida, tuvieron que abrir, con gran cariño y muchas lágrimas, una fosa más para el P. Urbano Izquierdo.

Al cumplirse los 50 años los hijos e hijas de Pujalt, presentes o ya ausentes, llevaban aún en su corazón el nombre de un nuevo hermano, el P. Urbano Izquierdo.

El joven alcalde, Don José Torres, antes de descubrir la ya citada placa de mármol, incrustada en los muros de la plaza, declaró “Hijo predilecto de la villa” al P. Urbano Izquierdo. Pronunciaba las palabras el señor alcalde emocionado, y, emocionados, presenciaban el acto muchos de los supervivientes y sus nietos. El Vicario general de la diócesis de Vic, un representante de este ayuntamiento y gente de Tona, Folgaroles, y Calldetenes, los curas y párrocos y religiosos de las cercanías de Pujalt, todo los religiosos camilos del “Convento de San Tomás” fueron huéspedes de este pequeño pueblo y los que homenajearon a aquel “soñador”, joven de 29 años, educado en los mejores centros de Italia, poeta, celoso sacerdote y perfecto religioso camilo, que hoy, 19 de Octubre de 1968, hace ya 50 años, ante los que rodeaban, angustiosos, el lecho del P. Urbano Izquierdo, ya moribundo, expiró, diciendo: “No tengo envidia a nadie. Muero, practicando mis votos y me siento feliz, como nunca. ¡Adiós, me voy al cielo”, palabras de aquel “santo soñador” que dio la vida por su pueblo”.

Ya con ocasión del primer centenario de la muerte del P. Urbano Izquierdo, el 21 del mes de octubre de año 2.018, el servicio parroquial de Puyalt escribió una breve reseña de su biografía, con el título “Pujalt y el P. Urbano Izquierdo”, que dice así:

El pueblo de Puyalt hace cien años que, por estos días, sufrió una gravísima epidemia de gripe, con unas consecuencias alarmantes y fatales para su buena parte de la población. Lo mismo ocurrió en buena parte del resto del país. En casos como éstos, las Órdenes Religiosas, como la de los Camilos, dedicados a la asistencia de los enfermos, se hacían presentes en los lugares y pueblos más desatendidos, o bien reclamados por el mismo pueblo. Así, tres religiosos camilos, el P. Urbano Izquierdo, el P.

Gaspar Cañada y el H. Florentino Pérez, acudieron a Puyalt de forma generosa y desinteresada, para asistir a los vecinos que sufrían la pandemia. Uno de ellos, el P. Urbano Izquierdo, fue contagiado por el virus de la gripe y murió en un servicio caritativo a las personas afectadas de este pueblo...”.

Sigue el artículo con otros datos, sobre la vida y obra del P. Urbano Izquierdo, que ya se han remarcado, de forma más extensa y significativa a lo largo y ancho de todo este relato.

Desde entonces, el P. Urbano Izquierdo ocupa un lugar preferente en la historia de los Religiosos Camilos de España, por su heroísmo caritativo. Está considerado “mártir de la caridad” por su muerte entregada a unos enfermos, contagiados en la epidemia de gripe del año 1918, que segó tantas vidas en España, y de la que él mismo se contagió.

Fueron estos dos, el P. Urbano Izquierdo y el H. Vicente Coll, los primeros “mártires de la caridad”, de la nueva Comunidad Provincial española, encontrando preparados a sus religiosos camilos para observar y cumplir el cuarto voto de su profesión religiosa, aun a costa de sus propias vidas, confirmando, así, la solidez del edificio, que se iba construyendo.

Guerra civil entre españoles, 18 de julio de 1936

Entre los años 1931 y 1936 la Iglesia española vivió muchos momentos de zozobra y de duros enfrentamientos, en medio de un gran dramatismo, ocasionados por la implantación de la 1ª República española en el año 1931, con el exilio consiguiente del rey Alfonso XIII a Roma, en Italia, y el comienzo de la 2ª República en el año 1934, con un gobierno republicano presidido por Don Manuel Azaña. Convocadas, antes, unas nuevas elecciones

electorales, para la designación de los representantes en el Parlamento, las fuerzas políticas de la derecha alcanzaron una mayoría suficiente para gobernar el país, lo que suscitó una fuerte reacción de sublevación en la región de Asturias. Ante este resultado electoral, y no aceptándolo como tal, se creó un “Frente Popular”, que condujo a la instalación de la 2ª República. Se conoció este periodo como “*el bienio negro*”.

Todos estos hechos despertaron un amplio y furibundo sentimiento radical y anticlerical, alimentado por las fuerzas políticas de la izquierda y por los distintos movimientos anarquistas, de base comunista, que condujo a una masiva destrucción y quema de iglesias y conventos y a una atroz persecución de sacerdotes, religiosos y religiosas, y de todo aquel que declaraba su condición de cristiano católico, hasta que se produjo el “movimiento militar” del día 18 de julio de 1936, dirigido, desde las colonias españolas del norte Marruecos, por el General del ejército, Don Francisco Franco Bahamonde, un hecho que produjo el comienzo de una guerra civil y fratricida entre los mismos españoles, de una u otra condición, con miles de sacerdotes asesinados y religiosos, juntamente con algún obispo y muchos de sus fieles.

La vida del catolicismo español era muy compleja y dramática, formando parte de un escenario, que incluía a la Iglesia en su conjunto. Ya en el año 1933, el Papa Pío XI, con su encíclica “*Dilectissima nobis*”, dirigida a los obispos, había denunciado los peligros de una represión de la Iglesia católica, llevada a cabo por el gobierno de la 1ª República, pero después de las violencias y persecuciones del año 1936, sucesivas a la sublevación militar, el episcopado español se encontraba dividido. Las actitudes de la jerarquía eclesiástica habían terminado, así, por afianzar el convencimiento, muy difundido entre los que defendían la República, de la identificación entre las posiciones de la Iglesia y las de los conservadores militares del general Franco y por alimentar las violencias contra los religiosos. La Iglesia católica de España, en

general, se alineó, en su mayoría, con un parte, casi declarando una nueva cruzada, atribuyendo a la insurrección militar una raíz patriótica y religiosa, en orden a salvaguardar la identidad y la historia cultural de la nación española. La violencia desatada alcanzó el punto culminante entre los comienzos de la guerra, hasta entrado ya el año 1939.

A comienzo de los años “30, en la Comunidad Provincial española se había registrado una disminución del número de religiosos, en relación con los inicios del siglo XX. En el año 1934 contaba con 93 miembros, de los que 40 eran sacerdotes, 15 estudiantes profesos, 23 hermanos laicos y 2 novicios. También estos religiosos camilos sufrieron, al igual que todas las demás Órdenes Religiosas, persecución y destrucción de sus comunidades, pese a que su Orden era bien conocida y estimada. Sabía que el presentimiento de la tragedia podría producirse sobre ellos. Anteriormente, el 3 de abril de 1936, su mismo Superior Provincial, el P. Enrique Izquierdo, había solicitado permiso a la Consulta General para trasladar a los estudiantes profesos a Lima, Perú. 20 días después, el 25 de abril, escribió una carta a sus religiosos, preguntándose si los indicios de la violencia eran solamente los efectos de una exaltación antirreligiosa, o el preludio de mayores atrocidades y persecuciones, lo que dejaba presagiar tiempos de sufrimiento y persecución.

La carta iba dirigida en estos términos:

“Carísimos en el Señor: En estas horas de angustiosa ansiedad, por la que está pasando la Iglesia de Dios en nuestra patria, me creo en la obligación moral de dirigir a los religiosos, que constituyen nuestra familia camiliana de España, unas palabras de exhortación, para sembrar en vuestros corazones sentimientos de gran confianza en la providencia divina. Son los hechos ocurridos, desde el 16 de febrero, hasta el momento presente, tan claros y tan

elocuentes, que necio sería negar que ha empezado una persecución contra la Iglesia de Dios. Son centenares los párrocos, alejados de sus parroquias, y centenares los religiosos y religiosas, forzados a abandonar sus conventos y sus colegios.

Y todos estos hechos, tan lastimoso para el corazón de un creyente, se han cometido ante una inconcebible pasividad de la autoridad civil. ¿Serán estos hechos tan solo manifestaciones de una exaltación antirreligiosa?, o ¿significarán, tal vez, el preludio de mayores atrocidades contra la santa Iglesia de Dios? ¿Qué nos reserva el porvenir, para los que servimos a Cristo? Más concretamente, puesto que los religiosos, por razón de los votos, son los vanguardistas del Reino de Cristo, ¿qué porvenir les espera a las Órdenes Religiosas en España? Pregunta es ésta, sazonada de inquietudes. Mas la vamos a contestar con las angustas palabras que, personalmente, nos ha dirigido nuestro Superior General, el P. Florindo Rubini: A los superiores, las preocupaciones, a los súbditos, el abandono sencillo en las manos de Dios, ya que todo lo que acontece redundará en bien nuestro. Para los súbditos, y también para los superiores, el completo abandono en el seno de la divina providencia, como nos exhorta el apóstol San Pedro. Este abandono total en las manos de la divina providencia debe ser fruto de una fe viva y enérgica, que descansa en el poder de Dios. Pedid y recibiréis, nos dice Jesús y la promesa de Cristo no falla nunca. ¿Qué pensarían nuestros antepasados, cuando la masonería suprimió nuestra Orden, hace ya 60 años, en todas nuestras provincias de Italia. Humanamente, se podía diagnosticar al completo la desaparición de la obra de nuestro santo P. Camilo. Pues bien, el huracán provocado por la masonería trasplantó la semilla camiliana a tierras de Francia, de Alemania y de España, y, tras la tempestad, vino la

calma, y, con la calma, la victoria amplia, exuberante, con un resurgimiento vigoroso de la Provincia Lombardo-véneta, con una nueva floración camiliana en Francia, Alemania y España, viendo otras provincias en ciernes en el Perú, y confiando también en Argentina.

Carísimos hermanos míos, al contemplar los efectos de la persecución, no la deseamos, pero, si Dios lo permite, tengamos la seguridad que redundará en nuestro bien. Termino esta sencilla exhortación, depositando nuestra amadísima Provincia bajo la protección del Padre común de todos, nuestro santo fundador, San Camilo, y al amparo maternal de la santísima Virgen María, suplicando, con el mayor fervor que proteja a todos, y a cada uno de los religiosos de la Provincia Española.

*Fechado en Valencia a 23 de abril de 1936
P. Enrique Icardo, Superior Provincial”.*

En los años previos a estos trágicos y zozobrosos acontecimientos, otra parte de los religiosos habían sido distribuidos por las comunidades de Chile y de Argentina, y otro grupo de jóvenes estudiantes profesos, en fase aún de proseguir sus estudios, en orden a su ordenación sacerdotal, fueron enviados al Colegio Internacional de los religiosos camilos en Roma y al Colegio Internacional de los camilos alemanes en Münster. El P. José García formaba parte de la Consulta General en Roma.

En Madrid, Barcelona, Bilbao y Valencia, territorios controlados por el ejército republicano, las residencias comunitarias de los religiosos camilos, y su única clínica, fueron asaltadas, con la sola excepción parcial del “Convento de Sant Tomás” de Vic, y sus miembros, si no fusilados en el lugar, sí encarcelados u obligados

a dispersarse, buscando, en la huida, refugio. Algunos de ellos llegaron a ser pues “mártires”, por el tributo de vida ofrecido, por su condición de religiosos y por su fe. Esta consideración, necesariamente parcial, obliga a algunas reflexiones sobre el martirio sufrido por ellos, durante todo el periodo de la guerra civil.

Son doce, en total, los pertenecientes a la Orden de los Ministros de los Enfermos, los fusilados en aquellos años: 6 sacerdotes, 5 hermanos laicos y 1 estudiante profeso, como prueba de una misma abnegación por la fe y por la Orden. En la mayor parte de los casos, las circunstancias de la muerte de estos 12 religiosos camilos no se diferencian mucho de las de otros religiosos, durante esta guerra civil. Se concentran en este periodo que va desde día siguiente al “levantamiento militar” del 18 de julio de 1936, hasta el mes de enero del año 1937.

Con la guerra ya finalizada, en el mes de abril de 1939, ya las comunidades se pudieron organizar rápidamente, pese a los grandes daños y desperfectos sufridos en sus casas de residencia y la dispersión general de todos sus miembros. A causa de esta cruenta y violenta persecución religiosa, se ganaron la corona del martirio, entregando sus vidas, con sus nombres grabados en oro, en honor a su memoria, los siguientes religiosos camilos, igualmente “mártires de la fe”, por su condición de ser religiosos.

Los doce “mártires de la fe” son:



P. Amancio Saldaña González

Nació en Hornillos del Camino, provincia de Burgos, el día 9 de noviembre del año 1909. Sintiendo la llamada hacia la vida religiosa, ingresó, como postulante vocacional, los primeros días del mes de septiembre de 1922, a los 13 años de edad, en el “Convento de Sant Tomás”, cercano a Vic, provincia de Barcelona. Allí comenzó sus dos años de Noviciado el día 7 de septiembre de 1926, emitiendo sus primeros votos de profesión religiosa el día 8 de septiembre de 1928. Siendo ya estudiante profeso, comenzó sus primeros estudios eclesiásticos, en orden a su ordenación sacerdotal, en Madrid, desde donde, debido a la quema de iglesias y conventos en el año 1931, año de la implantación de la 1ª República española, fue trasladado a la comunidad de Arcenales, en la provincia de Bizkaia, y, desde allí, se incorporó nuevamente a la comunidad del “Convento de San Tomás”, ya a finales del mes de septiembre del año 1932. Un año más tarde, en 1933, fue enviado a continuar con sus estudios al Colegio Internacional de los camilos en Tournay, en Bélgica. Allí emitió sus votos solemnes de profesión religiosa, siendo ordenado, después, de sacerdote el día 2 de abril del año 1934. Poco tiempo después, regresó a España, por ser destinado nuevamente a formar parte de la comunidad de “Sant Tomás”, ejerciendo allí de profesor de los estudiantes profesos, allí residentes, y de ecónomo de la comunidad.

Religioso piadoso, sencillo, alegre y dotado de una santa inocencia, como el resto de la comunidad, llevó con alegría las peripecias de los primeros días de la revolución popular. El comienzo de la guerra civil entre los mismos españoles le sorpren-

dió, residiendo en esta comunidad de “Sant Tomás”. Al principio, junto con el P. Pablo Martínez, pudo encontrar refugio en el “Mas del Raurell”, acogidos ambos por Don Alfonso Castany. Vistos los desastres, ocasionados por las hordas populares, y el mal cariz, que iban tomando la situación, escarmentado ya con los trances y peligros de Madrid, durante la quema de iglesias y conventos, confiando en su perfecto conocimiento y dominio del francés, creyó que, fácilmente, podría ganar la frontera francesa por Puigcerdá, provisto de un pase, o salvoconducto, proporcionado por el comité popular de Calldetenas, localidad ubicada entre Vic y el “Convento de Sant Tomás”, figurando en su cartilla militar como peluquero de profesión.

Al llegar al tren de Puigcerdá no contó con que, en aquellas horas, ya tenían cerradas completamente las fronteras al paso de los que querían evadirse a Francia. Aun así, intentó atravesarlas, pero infundió alguna sospecha entre los vigilantes fronterizos y le pidieron su documentación. No pudo mostrar otra documentación que el pase y la cartilla militar. Como el pase estaba expedido por el comité de Calldetenes, se pusieron al habla telefónica con dicho comité, diciendo que *“bemos sorprendido a un individuo, que dice llamarse Amancio Saldaña González. Es peluquero y tiene un pase firmado por vosotros. Parece que quiere pasarse a Francia, ¿le conocéis vosotros?, ¿qué hacemos con él?”*

Por lo que se ve, parece que los del comité de Calldetenes no dijeron abiertamente que fuera un sacerdote, pero, por aquel entonces, ya estaba en entredicho la autoridad del presidente de aquel comité, como favorecedor de *“ricos y curas”*, hasta el punto de que aquella misma noche tuvo que consentir en el pueblo la muerte de dos sacerdotes, y lo que hizo fue dar una respuesta evasiva, forzado por las circunstancias: *“Haced lo que queráis”*, les respondió. Fue, entonces, el P. Amancio Saldaña detenido e interrogado, para averiguar sobre su verdadera identidad. Siguiendo los milicianos fronterizos con el interrogatorio, confesó, con su-

ma entereza, su condición sacerdotal y, en la Collada de Tosas, entre Puigcerdá y Camprodon, provincia de Gerona, fue fusilado por un grupo de milicianos el día 15 de agosto de 1936, a los 27 años de edad, festividad de la Asunción de nuestra Señora, la Virgen María, recibiendo la palma del martirio este joven y ejemplar religioso camilo.



P. Cruz Mauleón Ruiz

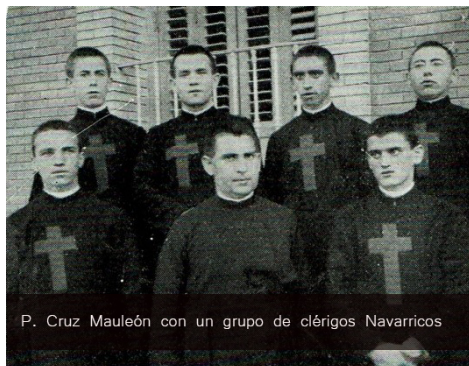
Nació en el pequeño pueblo de Arróniz, de la provincia de Navarra, el día 3 de mayo del año 1895. Sintiéndose atraído desde joven por la vocación camiliana del servicio a los enfermos, ingresó en el postulanteado del “Convento de Sant Tomás”, cerca de Vic, a la edad de 12 años. Inició, después de cuatro años, su etapa de Noviciado el día 8 del mes de septiembre del año 1911. Emitió sus primeros votos de profesión religiosa el 14 de septiembre de 1913 y sus votos solemnes de profesión el 31 de mayo del año 1917, en el mismo “Convento de Sant Tomás”.

Siendo aún estudiante profeso, le enviaron al balneario de La Garriga, para atender a Don Juan Calderón, médico de profesión, y a Don Vicente Paredes, contagiados ambos en la epidemia de peste del año 1918. Terminados sus estudios eclesiásticos de filosofía y teología, de preparación a su ordenación sacerdotal, fue ordenado sacerdote en Vic el día 13 de mayo de 1919. Durante tres años ejerció de profesor en el “Convento de Sant Tomás” y en el profesorio camiliano de la comunidad de Madrid. Hacia el mes de marzo del año 1922 fue destinado a las comunidades camilianas, distribuidas por América del Sur, y, a su regreso, fue

trasladado, de nuevo, a la comunidad camiliana de Madrid, como superior. Fue, después, nombrado superior de las comunidades de Bilbao y de Barcelona entre los años 1933 y 1936.

La sublevación de los militares, y el consiguiente estallido de la guerra civil española del 18 de julio de 1936, tuvo lugar cuando estaba ya en la ciudad condal, ejerciendo, circunstancialmente, el cargo de superior de la comunidad, en ausencia de su titular, el P. José Sesé. Al día siguiente,

que era domingo y se celebraba la festividad de San Camilo, por la mañana mandó abrir las puertas de la iglesia, para que los feligreses vecinos pudieran cumplir con el precepto dominical. Él celebró la misa de las 10 horas. Nada más empezar la celebración de la eucaristía, mandó cerrar las puertas y, en el momento, en el que las forzaron las fuerzas armadas, que avanzaban hacia la iglesia, ordenó la retirada de los religiosos de la comunidad y los fieles congregados, a través de la sacristía y en dirección a la puerta trasera, hacia la clínica de “San Camilo”, de la calle Mediana de San Pedro.



Por la calle de la Baja de San Pedro seguían moviéndose las fuerzas anarquistas, cargadas de fusiles, ametralladoras y pequeñas bombas. Pronto se reunieron todos ante la clínica. El P. Cruz Mauleón, sin poder disimular su sobresalto, trataba de animar a todos; pero, en vista de que el peligro aumentaba, les dijo: “*Vamos a rezar, para que Dios nos ayude en este trance*”. Recitaron el “*confiteor*”, dándoles a todos ellos después su bendición. Estaban todos preparados y dispuestos para morir. Pocos minutos después, irrumpieron las fuerzas revolucionarias por la residencia de la comuni-

dad y por la clínica. Lo saquearon todo, les obligaron a dejar en la calle a los enfermos hospitalizados y se llevaron a los religiosos de la comunidad al cuartel de policía de la calle Ortigosa. El P. Cruz Mauleón aprovechó el momento del bullicio y confusión, pudiéndose escabullir entre la multitud, sin ser notado. No se sabe cómo, pero, dos días después, el 21 de julio, fue reconocido, detenido y preso en la jefatura de la policía, entre las calles Bou de Sant Pere y Ortigosa. Pudiendo ocultar su condición de sacerdote religioso, fue puesto en libertad a los pocos días.

A través de un conocido suyo, el Sr. Sunyol, afiliado a un partido político de izquierdas, consiguió un “pase” de la Generalitat de Cataluña, gracias al cual pudo llegar a la embajada italiana e intervenir, directamente, en la puesta en libertad, y conseguir la posterior repatriación del P. Florindo Rubini, Superior General de los camilos, que se encontraba, por esos días, de visita canónica en la comunidad del “Convento de Sant Tomás”, celebrando también la fiesta de San Camilo, y del P. Germán Curti, ex Superior General, circunstancialmente estaba en Barcelona, con el fin de embarcar a América de Sur y visitar las comunidades de los camilos en Perú, Chile y Argentina. Él mismo les acompañó hasta el puerto de Barcelona, en el momento de emprender el viaje, dirección a Italia, una vez conseguidos los visados correspondientes.

Queda constancia testimonial de los PP. Antonio Miralles, Francisco Canet, Humbelino del Río, Ricardo Arranz y del H. Antonio Jácome de que se puso al contacto con la comunidad del “Convento de Sant Tomás” de Vic, poniéndola al corriente de todo lo que ocurría en la ciudad condal. Cuando se presentó ante la comunidad, una tarde del mes de julio, entró todo nervioso e impaciente, trayendo muy malas noticias de lo sucedido en Barcelona. Entre tanto, seguía visitando a sus hermanos de comunidad, ya encarcelados, interesándose por ellos, llevándoles sus efectos personales, ropa y comida, también para la gente necesitada, que

se encontraba en las cárceles. Celebraba la misa en lugares clandestinos, y confesaba y repartía la comunión a otros fieles católicos y religiosos, que vivían, igualmente, escondidos. Sacaba dinero de los Bancos, sirviéndose de libretas de amigos y conocidos.

No se sabía exactamente donde vivía. Parece ser que en una pensión de la Ronda de San Pedro. En una ocasión le encontró el P. Humbelino del Río en la Plaza de Cataluña, que, todo apresurado, esperaba el autobús, que iba dirección al Hospital Clínico. Iba por encargo de la esposa de Don Jesús Coscolla, por si se encontraba entre los asesinados de la noche anterior. Se le habían llevado desde su casa, sin saber ella el paradero. Entre ninguno de aquellos cadáveres reconoció al que buscaba. Había podido sobrevivir a la persecución. Parece ser, también, que, para ocupar el tiempo, solía acudir, de siete a nueve de la tarde, a una academia de lenguas en la calle Pelayo. Allí le esperaban los referidos religiosos camilos, testigos de aquellos días. Los primeros días de septiembre se presentaron ante la pensión de la Ronda de San Pedro y les bastó la información, que les dio la portera: *“El viernes pasado se lo llevaron unos milicianos”*, no sabiendo el lugar del destino.

Una de las enfermeras de la “Clínica San Camilo”, situada en la calle Mediana de San Pedro, a quien el P. Cruz Mauleón había tenido que despedir, por su conducta poco ejemplar, con espíritu de revancha, le seguía la pista, hasta tenerle bien localizado y ponerle en manos de las patrullas revolucionarias. Tal importancia le dieron a su detención que, antes de proceder a su captura, tenían estratégicamente tomada toda la Plaza de Urquinaona. Lo supieron días después por la señorita Magdalena Armengou: se le había encontrado cadáver y fusilado en la carretera de Badalona el día 4 de septiembre del año 1936. Tenía 41 años de edad. La ambulancia que lo recogió, y lo trasladó al cementerio de esta localidad, pasó esta noticia, porque, entre las direcciones encontradas en la cartera del P. Cruz Mauleón, figuraba la de esta señorita. El cadáver fue plenamente reconocido por la señorita Magdalena Ar-

mengou y sus hermanos, al mostrarles su fotografía. Desde allí fueron trasladados sus restos mortales al cementerio municipal de la ciudad condal.

Su corazón latía a impulsos de la caridad, en favor de los más necesitados, y, como tenía en su favor un aval del Sr. Sunyol, se creyó seguro y no supo negarse a cualquier demanda caritativa, ya fuera de los religiosos camilos detenidos, o de los que le necesitaban. Su misma detención se verificó cuando había acudido a confesar a algunas personas y rezar el oficio religioso. Si se ha de juzgar humanamente, el P. Cruz Mauleón fue víctima de su caridad, que, en muchos casos, rayaba con la temeridad, la inexperiencia y la ingenuidad; pero fue una temeridad heroica, pues toda su preocupación y todas sus actividades se encaminaron a socorrer y ayudar a sus hermanos de religión y, en especial, a aquellos que él veía más necesitados. Fue uno de los ejemplos más luminosos de fidelidad a la comunidad religiosa y a la misión asistencial a los enfermos, que representa el rasgo más característico de los Ministros de los Enfermos, y que debe recogerse como un martirio, con el que entregó su propia vida. Así fue como el Señor le premió, concediéndole la palma del martirio.



H. Pompilio Muñoz

Nació en Benopia, provincia de Valencia el día 30 de septiembre del año 1891. Ingresó en la comunidad de los religiosos camilos de Valencia, como oblato, el día 8 del mes de mayo de 1915, a los 34 años de edad. La “oblatura” era, desde los tiempos del P. Camilo de Leis, un estado laical semireligioso, creada, partiendo de la constatación del gran impedimento, que se

tenía para el ejercicio del Instituto camiliano de servir a los enfermos, por las obligaciones de la comunidad religiosa, dejando a muchos de los religiosos sin poder ir a atender a los enfermos en los hospitales y en las casas particulares de los moribundos. La tarea de los oblatos era la de atender los oficios más elementales y básicos, que solían hacer los laicos, tan necesarios en cada comunidad religiosa. Seis años más tarde, el día 7 de septiembre de 1915, con la aprobación de la comunidad, dio inicio a su etapa vocacional del Noviciado. Dos años después, y cumplido el tiempo señalado del Noviciado, el día 8 de septiembre de 1923, emitió sus primeros votos de profesión religiosa en el “Convento de Sant Tomás” de Vic y, pasados cuatro años, el 8 de septiembre de 1927, hizo lo propio, emitiendo sus votos religiosos de profesión solemne.

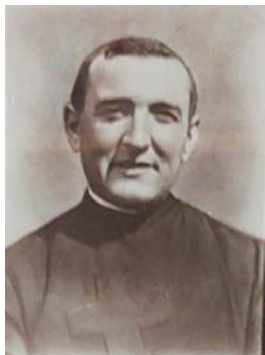
Destinado a la comunidad camiliana de Madrid, cuando estalló la guerra civil de 1936 se encontraba, junto con el H. Saturnino Eguidazu, asistiendo a un hijo enfermo de los duques Ferrán Núñez en “La Terraza”, uno de los hoteles madrileños de la Ciudad Lineal. Después de un par de meses de estancia, se presentaron unos milicianos y los llevaron a los dos a una comisaría. Por esta vez, los juzgaron inocentes, de todo cargo, e inofensivos, y los devolvieron al hotel. Pero, a partir de aquel momento, pusieron guardia alrededor del domicilio, para que no se escaparan. Allí continuaron un mes más, esperando cada día el final que tuvieran. Detenidos por segunda vez, ya se imaginaron lo que les esperaba, pero al salir del hotel, el H. Saturnino les dijo: *“Esperen un momento, que voy a por el tabaco, que me he olvidado”*. Y el miliciano le contestó: *“Para el poco que te queda, no vale la pena”*.

Hay otra versión de los hechos, que dice que, la primera vez que los sacaron del hotel, en el que asistían al hijo enfermo de los duques Ferrán Núñez, estuvieron a punto de ser fusilados; pero, uno de los milicianos, considerando las circunstancias, que rodeaban a estas pobres víctimas, arrancadas de la cabecera de un

enfermo, para llevarlos a la muerte, dijo a sus compañeros: *“Yo no puedo quitar la vida a unos hombres, que se la dan a otros”*. Ante estas palabras y actitudes, desistieron los demás y los devolvieron al lado del enfermo.

Detenido por segunda vez, apareció su cuerpo asesinado, por fusilamiento, en la carretera de Ciudad Lineal el día 8 de septiembre de 1936, a los 45 años de edad, el mismo día que emitió sus votos de profesión religiosa en el “Convento de “Sant Tomás” de Vic. Se tiene otra versión del martirio que sufrió. Es de una persona conocida, que exclamó, horrorizada, al dar noticia de la muerte del H. Pompilio Muñoz: *“Lo metieron en un saco y lo apalearon, hasta reventar”*. El H. Pompilio Muñoz sobresalía, sobre todo, por su extraordinaria memoria, que suplía la deficiencia de su vista.

H. Saturnino Eguidazu



Nació en Mondragón, provincia de Guipuzkoa el día 11 de enero de 1886. Atraído por la vocación religiosa, ingresó, como postulante vocacional, en la Orden de los religiosos camilos, dentro de “Convento de Sant Tomás” de Vic. Tras dos años de Noviciado, emitió sus primeros votos de profesión religiosa el 8 de septiembre de 1928. Cuatro años después, el día 8 del mismo mes de septiembre del año 1932, renovó sus votos de profesión solemne. Destinado a la comunidad de los religiosos camilos de Madrid, siguió la misma suerte que el H. Pompilio Muñoz. De forma alternada, también él prestaba asistencia al enfermo, antes citado, alojándose en el mismo hotel. Detenido por dos veces, al igual que el H. Pompilio Muñoz, al-

canzó la corona del martirio a los 50 años de edad, en el mismo lugar, en las mismas circunstancias y en la misma fecha que él, el 8 del mes de septiembre de 1936.

Sobresalía el H. Saturnino Eguidazu por su fervorosa habilidad para el oficio de sacristán y por su notable paciencia, por su servicio de caridad y por su espíritu de familia.



P. Juan Bautista Gaviria

Nació en Urbiola, provincia también de Navarra, el día 24 del mes de junio del año 1895. Al igual que los anteriores de los religiosos citados, ingresó en la Orden camiliana, como postulante vocacional, en el “Convento de Sant Tomás” de Vic el año 1907. Inició sus dos años de Noviciado el año 1911, terminado el cual, emitió sus primeros votos de profesión religiosa el día 8 del mes de septiembre del año 1915, y sus votos de profesión solemne el 8 del mismo mes de 1919. Terminados sus estudios eclesiásticos de filosofía y teología en el “Convento de Sant Tomás”, fue ordenado de sacerdote el día 12 de marzo del año 1921

Adornado con grandes dotes intelectuales, fue nombrado profesor, tanto en el “Convento de Sant Tomás”, como en la Casa camiliana de estudiantes profesos de Madrid, ejerciendo, también, el ministerio de la Orden con espíritu camiliano, tanto en Vic, como en Madrid y en Valencia. Fruto de su talento, que cultivaba con esmero, tenía preparado un extenso curso de predicación, resumen del temario expuesto por los mejores oradores sagrados, nacionales y extranjeros, para facilitar el ministerio de los recién ordenados sacerdotes. A él se le encargó, también, la

edición en castellano de las Reglas y Constituciones de la Orden, traducidas del italiano.

Estando de residente en Madrid, como al resto de la comunidad camiliana, le sorprendió el estallido del “levantamiento militar”, en plena actividad ministerial. Todos sus religiosos tuvieron que dispersarse y abandonar su residencia, buscando cada cual un refugio, donde poder esconderse. Él, junto con el H. Andrés García, pudo encontrar alojamiento en el domicilio de una familia conocida de la calle Argensola, 9, donde, periódicamente, celebraba su *“misa de altar portátil”* a un matrimonio de bastante edad. Según atestigua el también religiosos camilo, P. Deogracias Delgado, residente en aquella misma comunidad de Madrid, el P. Juan Bautista Gaviria fue a visitarle, contándole que, a los seis días del comienzo del “levantamiento militar”, cuando iba paseando, se le acercaron dos milicianos, pidiéndole la documentación. Como no la llevaba, se excusó como pudo y le dejaron en libertad. Seis días después, de nuevo fue a verle y le entregó algún dinero, para que pudiera subsistir. Quedaron en verse al día siguiente, pero ya no se repitió aquella entrevista. En su lugar vino el H. Andrés García, siendo esta vez la última vez que le pudo ver. A partir de ese momento, dejaron de salir a la calle, para evitar ser reconocidos.

Al pasar dos días y no saber el P. Deogracias nada de ellos dos, telefoneó al domicilio de aquella familia y le respondieron que ya no estaban allí. Parece ser que, tras un chivatazo del portero de la casa, una mañana se había presentado un grupo de milicianos, con el fin de pedirles la documentación personal, que en esos momentos no llevaban encima, por lo que fueron inmediatamente detenidos. Se sabe que, desde allí, al P. Juan Bautista Gaviria lo metieron en un coche, donde iban dos milicianos y una miliciana, y fue conducido a una finca, plantada de pinos, situada entre el barrio de “La Prosperidad” y la Ciudad Lineal, y, allí mismo, fue fusilado el día 27 del mes de septiembre del año 1936,

a los 41 años de edad. Su hermano, el también religioso camilo, P. Enrique Gaviria, dejó escrito que, según rumores, los que bailaron sobre su cadáver, fueron después fusilados.

H. Andrés García



Nació en Igúzquiza, también de la provincia de Navarra, el día 26 del mes de enero del año 1915. Pidió el ingreso, como postulante camilo, en el “Convento de Sant Tomás” en el año 1927. Inició allí sus dos años de Noviciado cuatro años después, en el año 1931, emitiendo sus primeros votos de profesión religiosa el día 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción, de 1933.

De carácter sencillo, alegre, muy trabajador y muy amante de la Orden, fundada por San Camilo, destinado a la comunidad de los religiosos camilos en Madrid, durante cuatro años desempeñó, con gran eficacia y entrega, el ministerio camiliano del servicio a los enfermos. Era muy joven, 21 años de edad, cuando estalló la revuelta nacional. Fue compañero de refugio del P. Juan Bautista Gaviria, alojados ambos en el domicilio de una familia conocida, a quien atendía en su enfermedad, y fue detenido por un grupo de milicianos, en las mismas circunstancias que el P. Juan Bautista Gaviria, y fusilado en el mismo sitio y el mismo día, el 27 de septiembre de 1936. Al encontrar sus restos mortales, notificaron a sus familiares que su cadáver había sido vilmente mutilado.



P. Francisco Cabrera Paradinas

Nació en Cantalapiedra, pueblo de Salamanca, el día 29 del mes de enero del año 1878. Sus padres se llamaban Don Victoriano Cabrera y Doña Agustina Paradinas, de rancia nobleza castellana, unos propietarios labradores. Desde su más tierna infancia, mostró inclinación hacia la vida sacerdotal. Cursó sus estudios en el Seminario Conciliar de Salamanca y celebró su primera misa el 16 de junio de 1903, en su pueblo natal, siendo el orador de tan solemne acto Don Manuel Marín y Rojo y sus padrinos de cantamisa sus hermanos Ildefonso y Flora.

En el año 1904 se le nombró coadjutor de la parroquia de Cantalpino. Al año siguiente, 1905, fue nombrado capellán del convento de las religiosas carmelitas de Peñaranda de Bracamonte y, luego, capellán de Lafuén de Bercimuelle. Ya en el año 1926, fue coadjutor de la parroquia de San Sebastián de Salamanca y en el año 1930 pasó a desempeñar el cargo de coadjutor de San Juan de Sahagún, de Salamanca.

El 27 de octubre del año 1935, ya a la edad de 58 años, solicitó su ingreso en la Orden de San Camilo, dentro del “Convento de Sant Tomás” de Vic, provincia de Barcelona. Fue admitido y, el primer día de febrero de 1936, tomó el hábito camiliano de novicio de manos del P. José Sesé, para ser admitido definitivamente como profeso en el mencionado “Convento de Sant Tomás” de Vic.

En estas circunstancias, le sorprendió la guerra civil de ese año, mientras celebraba solemnemente la misa de la festividad de San Camilo, en compañía del P. Florindo Rubini, Superior Gene-

ral, que estaba de visita canónica en esta comunidad. Durante los primeros días del “alzamiento militar”, junto con el P. José Sesé, encontró refugio en una payesía cercana, donde permanecieron ambos hasta el día 6 del mes de agosto. Dos días más tarde, ante el inminente peligro que se acercaba, decidieron ambos separarse. Con la ayuda del payés, que le había recogido, pudo ser trasladado el novicio Francisco Cabrera en la tartana de un colono de Sant Martí de Ruideperas hasta la ciudad de Vic, apeándose en el taller de zapatería, donde trabajaba Don Pedro Vila Rovira, en la calle Nueva, 24, quien recibió orden del colono de que le admitiera en su casa, ubicada en la calle Norte, 9, su nuevo lugar de refugio. Se valió Don Pedro Vila Rovira de un sastre, para que le hiciera un traje de paisano, pues solo venía cubierto por un simple guardapolvo y una gorra de visera.

Se sabe que sus compañeros novicios, Domingo González y Gregorio Valenzuela, que se hacía pasar por tartanero, el primero, y por un criado de un payés, el segundo, iban a Vic con frecuencia a visitarle y recomendarle que no saliera de casa y que no abriera su puerta, aunque llamaran, no estando alguno de ellos presentes. Pero el día que estrenó el traje, y sin duda alguna confiado en el hecho de que sus compañeros iban y venían, sin ninguna dificultad, se aventuró a salir de casa, con el pretexto de ser un día de mercado, para comprar algo de ropa. Luego lo volvió a hacer otras veces, pues se creía que no iba a ser reconocido por nadie. Tuvo un pequeño incidente con un sujeto que fue a cobrar un recibo a casa de Don Pedro Vila. Le dijo que era un tío de su esposa, que había venido del pueblo para ver a sus hijos y que se marchaba aquel mismo día.

En otra ocasión, hacia el 25 de septiembre, recibió, también, la visita del P. Ricardo Arranz, superior de la comunidad del “Convento de Sant Tomás, y del novicio Gregorio Valenzuela, para darle cuenta de que los valores que tenía en propiedad los iba a guardar en custodia en la Banca Soler i Torra de Vic, para

que estuvieran más seguros. Alguna duda debió tener el novicio Francisco Cabrera, que dejaron de ultimar, por lo que el 29 de septiembre decidió ir al “Convento de Sant Tomás”. En el camino, los milicianos del control de carreteras, le pidieron explicaciones, sospechando que era un cura escondido en casa de Don Pedro Vila, a pesar de exhibir un sencillo documento, firmado y sellado por el comité popular de Ruideperas, en el que se hacía constar que era un labrador, natural de Salamanca, que había venido a tomar las aguas de San Hilario de Sacalm, y que le había pillado allí el “alzamiento popular”, sin poder regresar a su domicilio en Salamanca.

De nada le sirvió este pequeño engaño. Su edad, sus maneras de hablar, todo en él denotaba que era un religioso, ya que en manera alguna lo podía disimular. Le preguntaron si quería ir a su tierra, contestándole él que sí, y le pidieron que volviera a la casa, donde estaba alojado, y que hiciera acto de presencia al día siguiente ante el comité del ayuntamiento, para arreglarle los papeles, a fin de que pudiera trasladarse a Salamanca. Con fiado en que le iban a dejar en libertad, se presentó, el 29 de septiembre de 1936, ante sus verdugos en aquella checa del ayuntamiento de Vic. Allí se perdieron todas las pistas de su paradero y no se supo más, hasta el momento en el que se terminó la guerra. Todos los pasos que se dieron resultaron nulos. Los que le detuvieron no habían dejado rastro alguno y, todo lo demás, fueron suposiciones.

En el boletín oficial de la Generalitat, correspondiente al día 25 de octubre de 1936, se escribió lo siguiente: *“En aquellos días, hora y lugar, se encontró muerto a un hombre, sin identificación alguna, de unos 50 años, que llevaba un pañuelo en el bolsillo con la letra F”*. Esta fue la primera pista. La pista definitiva se encontraba en Manlleu, donde podía haber sido enterrado. El que lo enterró recordó haber sepultado a un desconocido, que habían creído siempre que se trataba de un fraile. Señaló el sitio y allí encontró la prueba

definitiva e irrefutable: un montón de miembros desarticulados y una fotografía, tan fiel y tan perfecta, que no pudo ya quedar duda alguna de su paradero y de su desgraciado fin. Se pudo, así, reconstruir el hecho de que, en la madrugada del día 30 de septiembre del año 1936, en la carretera de Vic, que lleva a Manlleu, a menos de un kilómetro, antes de llegar, frente al lugar que se conoce con el nombre de *‘Fuente de Ars’*, había sido encontrado, ya enterrado, el cadáver de la persona, que se andaba buscando.

Así se hizo saber a sus familiares. El 17 de noviembre se exhumaron sus restos mortales en el cementerio municipal de Manlleu, nicho n° 460, en presencia de sus dos hermanos y su sobrino. El P. Alejandro Gómez ofició una misa de funeral, en presencia del P. Teodoro Santos, el P. José Martín, amigo del difunto y de su familia, que intervino en el reconocimiento definitivo de sus restos, el subdelegado de medicina de Vic, Don Casto Oller Soler, los sacerdotes presentes en Manlleu y el que, principalmente, llevó sus investigaciones, el capitán de infantería, Don Hermógenes Moreno, apoderado y representante legal de los herederos y testamentarios del novicio Francisco Cabrera. Se encargó de hacer el panegírico sobre su persona el P. Humbelino del Río, destacando su inolvidable y bondadosa figura, propia de un religioso sin par, la de un hombre escogido para la palma del martirio.





C. Carlos Barber

Nació en Alquería de la Condesa, diócesis y provincia de Valencia, el día 12 del mes de enero de 1914. Sus padres de llamaban Carlos y Carmen y tenía cuatro hermanos, Vicente, José, Trinidad y Miguel. Como postulante vocacional, solicitó su ingreso, dentro de la comunidad que los religiosos camilos tenían en Valencia, en el año 1925. Terminada esta primera experiencia vocacional, fue enviado a iniciar su año de Noviciado, la comunidad camiliana del “Convento de “Sant Tomàs” de Vic, el 7 de septiembre del año 1929. Allí emitió sus primeros votos de profesión religiosa el día 8 del mes de septiembre del año 1930.

El estallido bélico le sorprendió, siendo aún estudiante profeso en esta comunidad. Se encontraba dentro de grupo de camilos, de origen valenciano, el superior, P. José Sesé, el P. Francisco Martínez Miret, el P. Francisco Canet y el H. Ramón Orengo, que, con permiso del comité de Calldetenes, muy próximo al “Convento de Sant Tomàs”, el día 12 de agosto de 1936 se dirigió a Valencia en un taxi, escapando de todo aquello, que se venía venir. Llegaron a Valencia el mismo día y se hospedaron en la fonda “La Torera”, cerca de la estación del ferrocarril.

Desde la capital de Turia, salió el C. Carlos Barber dirección a Gandía. Junto con el P. Francisco Canet, se encaminó hacia la casa familiar del P. José Castellá, para enterarse del estado en que se encontraba su pueblo. Desde allí, se dirigió a su pueblo natal, Alquería de la Condesa. Allí pudo vivir tranquilamente con su familia, no saliendo de casa, hasta que el día 29 del mes de septiembre fue llamado a declarar ante el comité popular, que estaba ubicado en el convento de las religiosas franciscanas, y tuvo que

responder al interrogatorio, al que fue sometido. Entre otras cosas, le preguntaron por qué no salía de casa y no iba a trabajar en el campo. Respondió el que su precaria salud no le permitía dedicarse a las faenas del campo. El comité, entonces, le prometió darle trabajo, para que llevara al día los libros del mismo comité, con lo que podía, en adelante, salir tranquilamente por el pueblo y que, al día siguiente, volviera a firmar el contrato.

Ese día, a las 7,30 horas de la tarde, le mandaron un aviso, a través del aguacil del pueblo. Acudió al instante, pero como tardaba en volver a casa, su padre y su hermano Vicente se presentaron ante el comité. A las 8,45 horas se acercó su madre para llevarle un poco de leche y le respondió el comité que su hijo no necesitaba de nada. Además del C. Carlos Barber, habían retenido a otros religiosos del pueblo: dos escolapios, un terciario capuchino y un sacerdote diocesano. Así fue cómo, el mismo día 30 de septiembre, a las 11,30 horas de la mañana, estaba decidida su suerte: una condena de sentencia de muerte.

Su ejecución fue muy rápida, pues, sobre el mismo pueblo se cernían aires de tumulto popular y, temiendo un asalto, el comité difundió un bando municipal, en que se prohibía que la gente, bajo ningún pretexto, saliera a la calle. La población, atemorizada, cerró los portales y se recluyó en sus casas. A las 11,30 horas, aprovechando el silencio del pueblo, los sacaron a los cinco en dos coches. Desde ese momento, se perdió su pista y solo se sabe que, fue ejecutado en la carretera de Oliva, a unos cinco kilómetros de Alquería de la Condesa, a un término municipal y partida, denominada “*sequía de Vedad*”, donde fue fusilado. Abandonado su cuerpo, ya muerto, en la cuneta, sus verdugos dejaron escrito: “*Los cinco frailes de Alquería*”. Según se comentó en el pueblo, los asesinos se fumaron un cigarro ante los restos mortales de estos cinco mártires. Contaba el C. Carlos Barber con 22 años de edad. Sus asesinos fueron Casimiro Bellón, Pedro Escribá, Bernardino Escribá Llorente y José Borrás Pérez.

Al día siguiente los recogió un camión, que los depositó en el cementerio municipal de Oliva, dentro de una fosa común, donde había depositados unos 150 cadáveres. Antes de morir el C. Carlos Barber, quiso entregar sus gafas a un miliciano, para que éste diera, como recuerdo a sus padres, pero no se las quisieron recoger.



P. Francisco Martínez Miret

Nació en la localidad de Beniopa, provincia de Valencia, el primer día de junio del año 1901. A la edad de 14 años, ingresó, como postulante vocacional en el “Convento de Sant Tomás”, próximo a Vic. Tras cuatro años de postulante, dio inicio a su experiencia vocacional, como novicio, el año 1918, emitiendo sus primeros votos de profesión religiosa el día 8 del mes de septiembre del año 1920. Trasladado a la comunidad de los religiosos camilos de Madrid, siendo ya estudiante profeso, entre los años 1922 al 1925 siguió allí con sus estudios eclesiásticos de preparación al sacerdocio. En esta comunidad emitió, también, sus votos de profesión solemne el 29 de marzo de 1925. Poco tiempo después, el día 12 de julio de ese mismo año, fue ordenado sacerdote.

Destinado a la comunidad de los camilos en Bilbao, residió en ella por espacio de tres años. De vuelta ya a la comunidad del “Convento de Sant Tomás”, le sorprendió la revuelta civil del año 1936. Formó parte de la evacuación del grupo de camilos valencianos del 12 de agosto, dirigiéndose en un taxi hasta Valencia. Desde Gandía tomó dirección a su pueblo natal, Beniopa; pero, antes, se dirigió a una finca de la huerta valenciana, que se llama-

ba “*Camino de Gran*”, propiedad de uno de sus tíos maternos, Don Bautista Miret, donde permaneció por espacio de una semana. Amigo este tío suyo de uno de los miembros del comité local, quiso presentarle para que no molestaran al P. Francisco Martínez Miret. Decidido el asunto, se encaminaron los dos dirección al pueblo, el día 13 de agosto, presentándose en la iglesia parroquial, donde se había erigido el comité.

Los miembros del comité no quisieron aceptar las razones de su tío Bautista; al contrario, decidieron detener al P. Francisco Martínez Miret, como persona peligrosa. Desde la iglesia parroquial, le condujeron a las escuelas del pueblo, que hacía las veces de cárcel, y allí lo retuvieron, como preso, hasta el día 18 de septiembre, en compañía del H. Ramón Orengo, nacido también en esta localidad, al que detuvieron al presentarse el P. Francisco Martínez Miret en su pueblo. Tras la declaración, fue puesto en libertad, y dos de los milicianos, Fulgencio Alonso y José Moragues, le acompañaron a su casa. Antes de todo esto, uno de sus parientes, llamado Pepe Miret, a quien el P. Francisco Martínez Miret le reprochaba su vida licenciosa, le había sometido a torturas, durante el interrogatorio, aprovechando aquel momento para vengarse.

Cuando le pusieron en libertad le dijeron que, como era listo y sabía de letras, lo emplearían para llevar las cuentas del comité, pero esto no se llevó a cabo. El día 3 de octubre, estando él con la familia, se presentó en su casa el alguacil del pueblo, por orden del comité local y el secretario del ayuntamiento, para que se presentase, nuevamente, ante el comité. Allí, el secretario, Don Joaquín García, le comunicó que lo reclamaba la sede comarcal de la “FAI” de Gandía. Pidió permiso el P. Francisco Martínez Miret para despedirse de su familia y, a la pregunta de su madre, sobre si también estaba reclamado el H. Ramón Orengo, respondió: “*Solo quieren sacerdotes. Madre, hasta el cielo*”. Acompañado por otro sacerdote del pueblo, Don Vicente Aparisi, los llevaron en coche,

dirección a Gandía. Fueron estos Fulgencio Alfonso, José Moragues, Francisco Sabater y Federico Sabater, junto con Eduardo Bañuels, presidente del comité.

Aquí se perdió la pista de noticias nuevas. Solo se sabe que su hermana Teresa lo vio salir de Beniopa en coche. Eran las nueve de la noche, más o menos. No se sabe el lugar del fusilamiento con certeza, aunque un chico de Beniopa, apodado "*el Planchat*", dice que los vio, ya muertos, cuando él paseaba con una bicicleta, tendidos los dos en el término municipal de Tabernes de la Valldigna, cerca del puente, junto a unos árboles altos que hay en dicha carretera, el lugar posible del fusilamiento, el 3 de octubre de 1936. Tenía el P. Francisco Martínez Miret 35 años de edad. Se desconoce, también, el lugar del sepelio de sus restos mortales.

En calidad de gran y reconocido poeta, dejó un amplio legado de bellas poesías en castellano y en valenciano, algunas de ellas muy valoradas y premiadas. La primera de estas está datada en el año 1923, escrita en valenciano y dedicada al "Sagrado Corazón". A través de sus largas estancias en Vic, se puso en contacto con el mundo de la cultura y, sobre todo, con el "Renacimiento valenciano", representado en "Lo Rat Pelat". Participó en los Juegos Florales de esta asociación literaria y, entre sus premios, consiguió la "Viola d'Or" del año 1932, con el poema "Enyorança de la Mare dels Desamparats". En los Juegos Florales de Valencia del año 1933, con el poema "Els Almogàvers" fue premiado con la "Englatina de Oro", y le habrían dado la "Flor Natural", de no haber sido sacerdote. En los Juegos Florales de "La Sagantina" de Valencia de ese mismo año, 1933, fue premiado con la "Viola d'Ors", con los versos de "Processó Moradenca".

Participó, también, en los Juegos Florales de Benimaclet y en las "Vellades y Taulas dels poetes" de "Lo Rat Penat" de ese mismo año. Por aquel tiempo, consiguió el permiso del editor de la revista "Els Vers Valencia", para publicar sus mejores poemas,

con el seudónimo del “Rabí de Ben. Obra”, el nombre antiguo de su Beniopa natal. Colaboró, igualmente, en diversos diarios de la prensa barcelonesa, el periódico “La Provincia de Valencia” y en la “Revista de Gandía”, entre otras muchas publicaciones. Con su joven muerte, se perdió la posibilidad de un mayor enriquecimiento literario y poético para la cultura en general, y solo Dios sabe cuántas cosas más. Leía, a veces, la prensa, porque decía que, de las innumerables mentiras, que se publicaban en ella, sacaba alguna verdad entre líneas.



P. José Castellá

Nació en Gandía, provincia de Valencia, el día 9 del mes de julio del año 1904. Atraído vocacionalmente, desde muy joven, por la vida religiosa, a los 12 años de edad ingresó, como postulante, en el “Convento de Sant Tomás” que los religioso camilos tenían, cerca de Vic, el 18 de septiembre de 1916. Cuatro años después, el día 7 de septiembre del 1920, ya vestía el hábito camiliano de novicio, para vivir la experiencia de dos años de Noviciado. Emitió allí sus primeros votos de profesión religiosa el 11 de septiembre del año 1922, que renovó cuatro años más tarde, el día 8 de septiembre del año 1926, prometiendo solemnemente cumplir con sus cuatro votos.

Terminados sus estudios eclesiásticos de filosofía y teología, en preparación a su ordenación sacerdotal, fue destinado a la nueva comunidad de los religiosos camilos de Bilbao, donde fue ordenado sacerdote el día 1 de abril de 1928 y, cinco años después, de nuevo, volvió, destinado, al “Convento de Sant Tomás” de Vic, donde fue nombrado maestro de los estudiantes profesos

el año 1933. Realizó una gran obra en la formación de estos jóvenes, inculcándoles, de forma especial, la sumisión, el respeto y la obediencia a sus superiores. Los que compartieron con él esa vida íntima de formación, pudieron comprobar hasta donde había subido el quilate de su espíritu. En sus instrucciones dejaba vislumbrar la llamada, que lucía dentro de su corazón. Era edificante verle cómo alternaba con sus jóvenes profesos en los más rudos ejercicios, en los que él ponía su mano, como el primero.

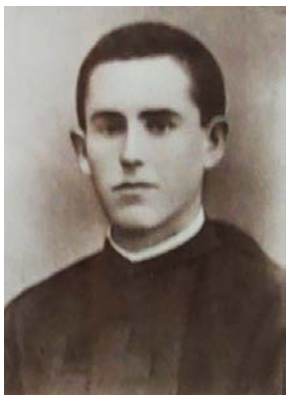
Ya en el año 1935, fue destinado a la comunidad de Valencia, como ecónomo y secretario del Superior Provincial, el P. Enrique Izquierdo. Antes de salir del “Convento de Sant Tomás”, se despidió de sus jóvenes profesos y, después de una emocionante plática, les pidió perdón y besó sus pies, para darles a entender que la humildad es la base de todas las virtudes. Allí estaba, en Valencia, cuando se inició la guerra civil entre los españoles del año 1936. Escapando del peligro que se avecinaba, encontró refugio en el domicilio de Don Vicente Manglano, en la calle Pizarro, 4. Por mediación de un primo suyo, pudo conseguir un nuevo carnet de identidad y, creyéndose protegido con este documento, iba a visitar, con cierta frecuencia, a su Superior Provincial y a sus compañeros de comunidad, que estaban recluidos en diversas cárceles valencianas.

El H. Fermín Fernández, que se encontraba alojado en una pensión, le visitaba a menudo para pedirle dinero y, así, poder pagar su alquiler en la pensión, lo que despertó sospechas entre algunos de los milicianos, que empezaron a seguir sus pasos. Este H. Fermín ya había sido sorprendido antes por los milicianos y, cuando salía de la pensión, le seguían la pista, para descubrir a los demás compañeros. Era el día 1 de noviembre, hacia las seis horas de la tarde, cuando se presentaron, donde estaba el P. José Castellá, una veintena de milicianos armados y se lo llevaron a una checa, donde fue interrogado y, después, sentenciado a muerte. Algunos, interesados por salvar su vida, fueron a visitar todos

los controles y cárceles de la ciudad, para liberarlo, pero no pudieron dar con su paradero.

Al enterarse su madre de lo ocurrido, recorrió, también, todos los controles y comités, pero no pudo averiguar nada del paradero de su hijo. Ya nunca se supo nada del P. José Castellá, ni del lugar donde coronó su vida, ni de la tierra que guarda sus restos mortales. Parece ser que en la madrugada del día 8 de noviembre de 1936 fue fusilado, alcanzando así la corona del martirio. Tenía, por entonces, 32 años de edad.

Durante toda su vida religiosa, como camilo, se destacó por su obediencia y gran veneración y adhesión a sus superiores. Dotado de unas cualidades muy humanas, tenía un verdadero don de gentes, llamando la atención por su peculiar delicadeza. No había en él nada de ficticio, con un carácter muy afable y cariñoso. Tenía un atractivo especial para el ejercicio del ministerio del servicio a los enfermos, sintiendo un verdadero delirio por ellos y cultivando a la perfección el arte de la asistencia a las personas, en estado de enfermedad. No gozaba de buena salud, debiendo ser operado en varias ocasiones. Al verse privado de fuerzas para el ministerio corporal del servicio a los enfermos, consiguió el título de bachiller en Antequera y, después, de practicante en Madrid y, cuando en la comunidad alguno de los religiosos estaba enfermo, se prestaba para todo, hasta en los servicios más humildes. Fue nombrado primer director de la revista “Cor Unum”, el boletín oficial de la Comunidad Provincial de los religiosos camilos en España.



H. Fermín Fernández

Nació en el pequeño pueblo navarro de Barbarin el día 7 del mes de julio del año 1908. Sintiendo, desde joven, la llamada vocacional hacia la vida religiosa, a la edad de 15 años solicitó el ingreso, como postulante, en la Orden de los religiosos camilos de la comunidad del “Convento de San Tomás” de Vic el día 5 del mes de octubre del año 1923.

Dos años más tarde, el 30 de septiembre de 1925, vistió el hábito camiliano, en calidad de oblato. Terminados sus años de postulante, inició su experiencia vocacional de dos años, como novicio, siendo admitido a la profesión religiosa de sus cuatro votos el día 8 del mes de septiembre. Ya en el año 1930, en esa misma fecha, se consagró definitivamente al servicio de los enfermos, emitiendo su profesión religiosa de forma solemne.

Ya en el año 1936 estaba, de residencia, destinado a la comunidad camiliana de Valencia. Allí estaba el día 18 de julio, cuando estalló la revuelta nacional. Pudo refugiarse en una pensión de la calle Serrano, 10. El 8 de agosto abandonó la pensión, día antes en que los milicianos descubrieron que otros cuatro religiosos, de distintas Órdenes, residían allí y cuatro días después fueron fusilados. Se trasladó, entonces, a otra pensión de la calle Pascual i Genís, 20. En ella trabó amistad con la familia de dos militares, con la que rezaba cada día el santo rosario. Un día de tantos, se les unió otro huésped de la pensión, un joven infiltrado. Trabaron su amistad, y el ingenuo del H. Fermín Fernández llegó a decirle que era un religioso camilo. Con esta información, aquel joven los denunció ante las “Juventudes Socialistas Unificadas”, con sede en la misma calle que la pensión.

De momento, éstas no hicieron nada, pero seguían las pistas del H. Fermín Fernández, para saber las visitas que hacía y, así, descubrir a un número mayor de religiosos. El día 6 de noviembre un grupo de milicianos entró en la pensión, para detenerle y que prestara declaración. Pudo escabullirse por las escaleras y subir a la terraza superior de la pensión. Al cabo de un tiempo, y pensando que ya se habían marchado, volvió a bajar por las escaleras, pero se encontró con que todavía le estaban esperando.

Fue detenido y, de resultados de sus visitas declaradas al P. José Castellá, también fueron a por él. Fue conducido a una checa de las “Juventudes Unificadas” y, según afirmó Don Vicente Manglano, protector del P. José Castellá, lo vio sentado entre dos guardias, con los brazos sobre las rodillas, cabizbajo, y pensando en su ya próximo triunfo en el martirio. Cómo y dónde pasó el H. Fermín Fernández la noche del 6 de noviembre, todavía no se sabe. Lo que sí se sabe es que el día 7, por la mañana, yacía cadáver en el cementerio municipal de Valencia. Había sido fusilado. Tenía, por aquellas fechas, 28 años de edad, ofreciendo su tributo a Dios con la muerte gloriosa del martirio por la fe, joven en edad, pero maduro en las sendas de la virtud.



H. José Eligio Calleja

Nació en Yudego, de la provincia de Burgo, pueblo muy cercano al del P. Amancio Saldaña, el 25 de junio del año 1915. Siguiendo sus mismos pasos vocacionales, también él solicitó el ingreso en el “Convento de Sant Tomás”, cercano a Vic, de los religiosos camilos, el año 1930. Tras dos años de experiencia vocacional en el postulante, inició

su etapa de Noviciado el 18 del mes de marzo de 1932, emitiendo sus primeros votos de profesión religiosa allí el 19 de marzo de 1934.

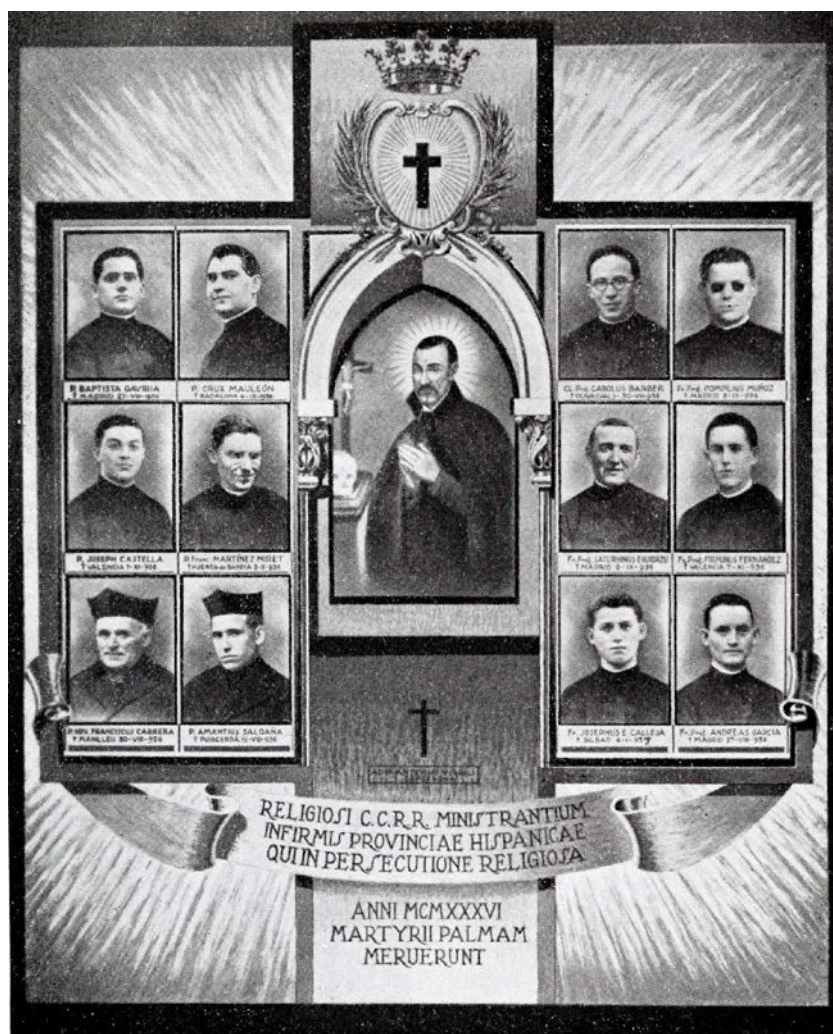
Destinado a la comunidad de los religiosos camilos de Bilbao, casi dos meses después, de haberse iniciado la guerra civil entre los mismos españoles del 1936, fue detenido en Arcetales, provincia de Bizkaia, a donde se había dirigido, juntamente con el P. Juan Ballester, superior de la comunidad de Bilbao, para mantener ocupada la casa, en propiedad de la comunidad de camilos, allí establecida, evitando, así, su confiscación. Allí fueron ambos detenidos y trasladados a una comisaría de Bilbao, para ser interrogados, el 11 de septiembre de ese mismo año. Tras su declaración, fue ingresado en la cárcel de Larrínaga de Bilbao, donde también estaban encarcelados todos sus compañeros de comunidad.

Así llegaron al día 4 del mes de enero de 1937, al día siguiente del bombardeo sobre Bilbao. Media docena de trimotores de las fuerzas nacionales alemanas sobrevolaron sobre la capital vizcaína, saliendo a rechazarles unos cazas de la aviación rusa. Enardecidos algunos de los vecinos de la ciudad, con clamor popular, empezaron a gritar: *“A las cárceles, a matar a los presos”*. A eso de las 16 horas de la tarde, la prisión de Larrínaga fue asaltada por grupos de personas armadas, con la ayuda de los milicianos de la “UGT”, enviados por las autoridades correspondientes, ejerciendo, entonces, de lehendakari Don José Antonio Aguirre, del partido nacionalista vasco, el “PNV”, aliado, por otra parte, con el ejército republicano establecido, con el fin de proteger la cárcel y la vida de los reclusos.

Hubo alguna oposición en las puertas, para impedir el acceso a los milicianos, pero no se pudo resistir más. Se franquearon las puertas y entraron los milicianos en la prisión.

Pronto se oyeron tiros, dirigidos a los que circulaban por los corredores, y entraron en las celdas individuales, sacando a los que se alojaban en ellas y bajándoles a los patios, donde les iban fusilando. Tratando de escapar, el H. José Eligio Calleja se escondió en una de las celdas individuales del piso superior, y eso le perdió: allí fue sorprendido. Su cadáver apareció fusilado en uno de los patios de la cárcel, tras cuatro meses de prisión. Fue el 4 de noviembre de 1937, cuando tenía 22 años de edad.

Enterraron sus restos mortales en el cementerio municipal de Derio, próximo a Bilbao. Allí descansaron en una fosa común, de nº 1824 y manzana 37. Un año después, terminada ya la guerra en Bilbao, fueron sus restos depositados en la cripta del gran mausoleo conmemorativo, que el pueblo de Bilbao erigiera en el mismo cementerio de Derio, para honrar y recordar a sus mártires, allí fusilados “por Dios y por la patria”, ocupando el nicho nº 114. También aparece su nombre en el monumento que se dedicó al “Sagrado Corazón”, levantado y erigido al final de la avenida de la Gran Vía de la villa bilbaína.



Estos son los 29 “mártires de la caridad”, o también, para algunos, “mártires de la fe”, que, en su día, entregaron sus vidas en el fiel cumplimiento de sus cuatro votos de profesión al servicio de los enfermos, o, en su caso, por haber profesado su condición de ser religiosos camilos, que honra, venera, recuerda y celebra hoy la Comunidad Provincial de los religiosos camilos en España, con sus datos biográficos y circunstancias, más o menos explícitos de cada uno de ellos. Es deber suyo de justicia no faltar a su memoria, ya que son el broche de oro, el orgullo, el timbre de gloria, aliento y estímulo para los futuros religiosos camilos en el ejercicio de su ministerio del servicio a los enfermos. *“Nadie tiene mayor amor, que el que da la vida por sus amigos”*, Jn. 15,1213, en este caso los enfermos.

Estos son sus nombres:

- † P. Dionisio Navarro, n. 1564 y f. 1617 en Nápoles, Italia
- † H. Baltasar Fonseca, f. 31-03-1625 en Palermo, Italia
- † H. Juan Sánchez, f. 29-09-1632 en Génova, Italia
- † P. Pedro Vicente Centurione, f. 01-08-1644 en Zaragoza
- † P. Juan Francisco Castagnola, f. 08-08-1644 en Zaragoza
- † H. Nicolás Fantide, f. día desconocido de agosto de 1644 en Zaragoza
- † P. Juan Bautista Galiani, n. 1646 y f. 05-09-1672 en Madrid
- † P. José González Cortés, f. 29-01-1778 en Murcia
- † C. Pedro Martín Bujons, f. entre agosto y septiembre de 1821 en Barcelona

- † H. Antonio Picasó, f. entre agosto y septiembre de 1821 en Barcelona
- † H. José Creus, f. entre agosto y septiembre de 1821 en Barcelona
- † H. Eloy Oms, f. entre agosto y septiembre de 1821 en Barcelona
- † P. Manuel Xipell, f. un lunes de un mes desconocido del año 1834 en Barcelona
- † P. Félix Sayol, f. un jueves de un mes desconocido del año 1834 en Barcelona
- † H. Juan Blanc, f. un viernes de un mes desconocido del año 1834 en Barcelona
- † H. Vicente Coll, n. 01-10-1881 y f. 16-09-1918 en Marines, Valencia
- † P. Urbano Izquierdo, n. 25-05-1889 y f. 09-10-1918 en Pujalt, Barcelona
- † P. Amancio Saldaña, n. 09-11-1909 y f. 15-08-1936 entre Puigcerdá y Camprodón, Gerona
- † P. Cruz Mauleón, n. 03-05-1895 y f. 04-09-1936, carretera Badalona, Barcelona
- † H. Pompilio Muñoz, n. 30-09-1891 y f. 08-09-1936, carretera Ciudad Lineal, Madrid

- † H. Saturnino Eguidazu, n. 11-01-1886 y f. 08-09-1936, Ciudad Lineal, Madrid
- † P. Juan Bautista Gaviria, n. 24-06-1895 y f. Ciudad Lineal, Madrid
- † H. Andrés García, n. 26-01-1915 y f. 27-09-1936, Ciudad Lineal, Madrid
- † N. Francisco Cabrera, n. 29-01-1878 y f. 30-09-1936, carretera entre Vic y Manlleu, Barcelona
- † C. Carlos Barber, n. 12-01-1914 y f. 30-09-1936, carretera entre Alquería de la Condesa y Oliva, Valencia
- † P. Francisco Martínez Miret, n. 01-06-1901 y f. 30-10-1936, término municipal de Tabernes de la Valldigna, Valencia
- † P. José Castellá, n. 09-07-1904 y f. 08-11-1936 en paradero desconocido
- † H. Fermín Fernández, n. 07-07-1908 y f. 07-11-1936, enterrado cementerio de Valencia
- † H. José Eligio Calleja, n. 26-06-1915 y f. 04.11-1937 en Bilbao

En la revista “Cor Unum”, boletín oficial de la Comunidad Provincial española, en su número de diciembre del año 1943, se les rindió un merecido homenaje, más o menos, con estas palabras escritas:

“Cortas han sido vuestras preciosas vidas; mas, aunque breves, han dejado vuestra sien coronada con la diadema del martirio. El Señor os llamó, sí, el Señor os llamó. Oísteis, entonces su voz y os clavasteis con los santos cla-

vos de vuestros cuatro votos profesados en su día. Los que veían vuestra cruz encarnada, adorno en el pecho de vuestros hábitos, se decían: Abí va un ángel de la caridad, un padre del enfermo, el consuelo de los desconsolados. He abí un hijo de San Camilo. Os han hecho mártires, y un martirio sangriento y cruel fue vuestro martirio. Mártires de Cristo, mártires de la caridad, rogad por nuestra amada Provincia Camiliana en España”.

Una carta pastoral del Superior General de la Orden, el P. Florindo Rubini, apenas terminada la guerra civil, pone la rúbrica a las dificultades vividas por estos religiosos camilos, que sufrieron persecución y muerte, unos, y, los demás lograron salvar sus vidas. En uno de sus párrafos, dice así la carta:

“Buscados, perseguidos, golpeados, encarcelados, sufristeis el hambre y la sed. Fugitivos, como viles maleantes, tolerasteis el frío, el desprecio, los golpes, el ocultamiento más humillante, por amor a Cristo, al que todos vosotros llevasteis en el corazón y por todas las partes: en las cárceles, en las huidas y en los antros más secretos, y lo multiplicabais para todos y lo comunicabais con una ininterrumpida obra sacerdotal sorprendente”.

Era ésta una invitación a la reanudación de las actividades pastorales de la Provincia Española, a la formación de nuevos jóvenes aspirantes a la vocación camiliana y, sobre todo, a la asistencia a los enfermos, que es la misión primordial de su ministerio.

Le recordaba que, después de las persecuciones sufridas, hay que tener la mirada puesta en el futuro, por los que han muerto con Cristo y con la palma del martirio en sus sienes. Las tempestades padecidas durante esta guerra civil entre los españoles, demostraron la solidad de la restauración de la Provincia española, puesta en movimiento por sus herederos y restauradores en el

año 1893: el P. Estanislao Carcereri, el P. José Camilo Ciman y el P. Píos Holzer.

Ya en el mes de agosto de 1940, con las anteriores residencias comunitarias recuperadas y las comunidades, muy poco a poco, de nuevo organizadas, con el P. José García al frente, la Comunidad Provincial española, contando con el Comisariado del Perú, Chile y Argentina, estaba formada por 73 religiosos camilos, de entre ellos 52 eran sacerdotes, 15 hermanos laicos, 1 estudiante profeso y 5 novicios, en total 73. En el mes de mayo año 1934, dos años antes del inicio de la contienda civil entre los españoles, eran 93 los religiosos camilos, de ellos 53 sacerdotes, 23 hermanos laicos, 15 estudiantes profesos y 2 novicios.

El día 12 de febrero del año 1994, bajo el generalato del P. Ángel Brusco, la Consulta General instituyó oficialmente la “Jornada de los Religiosos Camilos, mártires de la caridad”, a celebrarse en la fecha del 25 de mayo, día del nacimiento de San Camilo, en cada comunidad camiliana. Unos años después, el 31 de marzo del 2018, desde la Consulta General se hizo un llamamiento a todas las comunidades de la Orden camiliana, para conmemorar la fiesta de los “mártires de la caridad”, haciendo un largo recorrido recordatorio por las fechas más significativas.

El encargado de preparar esta jornada en la Comunidad Provincial española, con ocasión del Centenario de los religiosos camilos, el H. Vicente Coll y el P. Urbano Izquierdo, declarados “mártires de la caridad”, por su asistencia a los enfermos contagiados por la peste en Marines y en Puyalt, fue el P. Jesús María Ruiz, desde la comunidad de Sant Pere de Ribes de Barcelona. Manteniendo la misma fecha de celebración del 25 de mayo, se diseñó un mural, bajo el título de “300 mártires de la caridad”, con la impresión, también, de un buen número de cartulinas, con la misma imagen y una inscripción, al reverso, del siguiente texto:

“La Orden de San Camilo, desde su fundación, en el año 1582, hasta nuestros días, registra en su haber más de 300 mártires de la caridad. Todos ellos han dado la vida, víctimas del contagio, mientras cuidaban, o asistían, a los enfermos en tiempos de pandemia, o bien, en la profesión de su fe, como religiosos camilos. Prometieron, con voto solemne, servir a los enfermos, aun con peligro de la propia vida, y cuidarlos y asistirlos con el mismo amor que siente una madre por su único hijo enfermo. En la fiesta del nacimiento de nuestro fundador, San Camilo, el 25 de mayo, queremos rendir un agradecido homenaje a estos 29 héroes de la caridad, o de la fe. Cada uno de ellos, y todos a la vez, nos siguen sorprendiendo, todavía hoy, con el precioso mensaje de su vida, entregada por amor, ya que “nadie tiene mayor amor, que el que da la vida por sus amigos, Jn. 15,13, en este caso los enfermos.

Los religiosos y laicos, que se inspiran en San Camilo, nos sentimos parte, alegre y orgullosa, de la familia de los mártires de la caridad, o de la fe. La tradición de una familia no consiste en mantener cenizas, sino en transmitir la llama de una antorcha encendida. Es por eso que consideramos a nuestros mártires “brasas ardientes”, que mantuvieron vivo en la Orden el rescoldo del amor a los enfermos, que Camilo pedía a sus hijos”.

Con ocasión de este evento conmemorativo, en el mes de abril de ese mismo año se publicó también un pequeño cuadernillo, elaborado por el P. Dionisio Manso, bajo el título de “I Centenario del fallecimiento de dos religiosos camilos, el P. Urbano Izquierdo y el H. Vicente Coll, durante la peste del año 1918 en Marines, Valencia, y Pujalt, Barcelona”.

BIBLIOGRAFÍA

- Antonelli, Raoul, “De la refundación de la Orden al franquismo (1814-1939)”, editado en Tres Cantos, Madrid, año 2.015
- Barraquer i Roviralta, Cayetano, “Las Casas de religiosos en Cataluña, durante el primer tercio del siglo XIX”, págs. 530y ss. Imprenta Altés i Alabart. Barcelona 1906
- Cor Unum, revista camiliana, “Crónicas de las comunidades”, años 1934 al 1970
- P. Crotti, Antonio, “La peste de Murcia del año 1677”. Domesticum, pags.139-149, año 1944
- P. Germán Curti, “En las cárceles de Barcelona, memoria de la revolución de España”, Roma 1942
- P. Domene, Antonio, “Tributo de sangre”, Madrid 1967
- De Renzi, Isabela, “Los Camilos en España” (1600-1793), editado en Tres Cantos, Madrid, año 2.015
- Hernández Franco, J., “Morfología de la peste 1677 y 1678 en Murcia”, publicado en Estudios: Revista de historia moderna, págs. 101-130, año 1981
- P. López, Juan M^a, “Camilos: 365 años de presencia en el entorno de mundo hispano” (1634-1999), publicado en Barcelona, año 2.016
- P. Manso, Dionisio, “Primer centenario de la muerte de dos religiosos camilos, el P. Urbano Izquierdo y el H. Vicente Coll, durante la epidemia de peste en el año 1918”, editado en Tres Cantos, Madrid, año 2018

- P. Prieto, Buenaventura, “P. Urbano Izquierdo: un soñador y su pueblo”, publicado en Cor Umum, págs. 407410, año 1968
- P. Sannazzaro, Piero, “Historia de la Orden de San Camilo”, traducida en castellano en Tres Cantos, Madrid, año 1991
- P. Sesé, José, “Necrología camiliana de la Provincia Española”, publicado en Barcelona, año 1941
- Talleres de Literatura de Marines, “Hermano Vicente Coll”, biografía editada por el ayuntamiento de Marines, con la colaboración de la Diputación Provincial de Valencia, imprimida el 19 de mayo de 1999